

E. NICOLA SIRI

BUCHARDO

"EL HALCON DE LOS MARES"

B · I · B · L · I · O · T · E · C · A · B · I · L · L · I · K · E · N



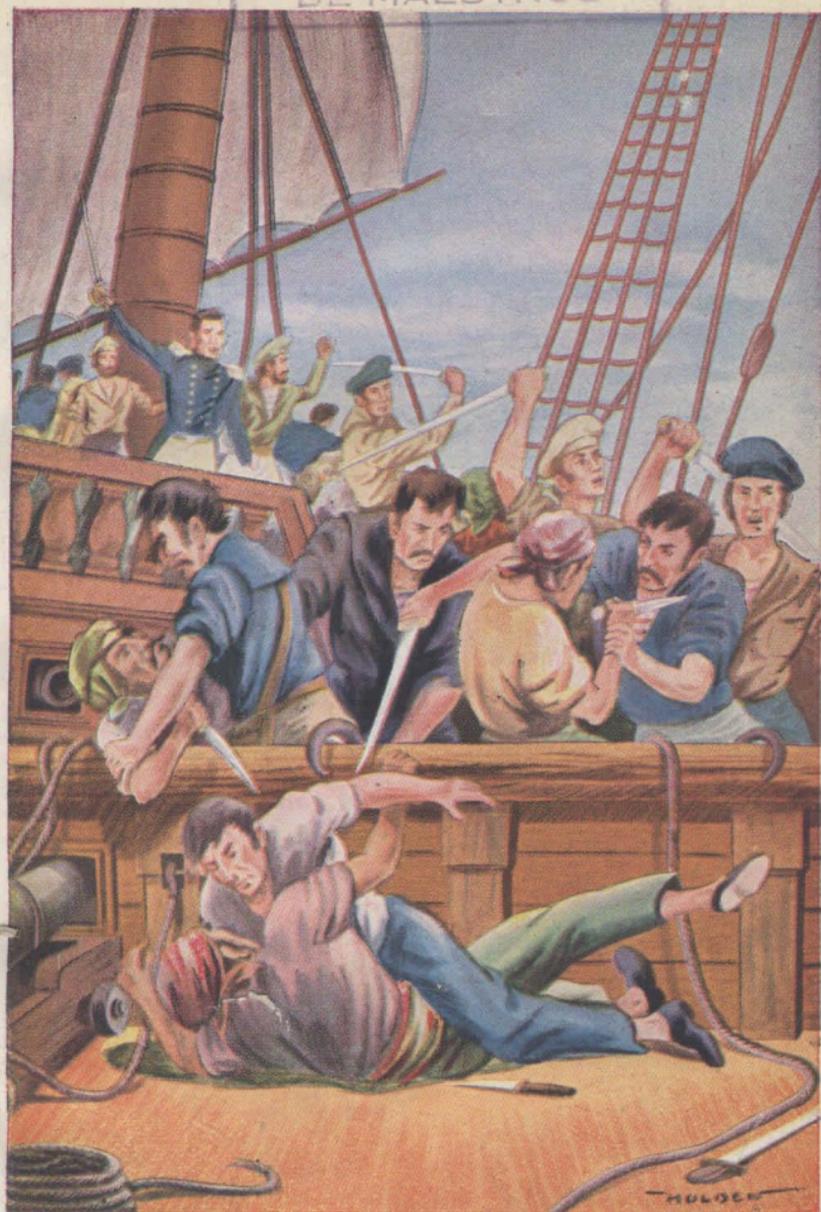
BUCHARDO

ESTE LIBRO

ENTRE las más extraordinarias aventuras de corsarios y bucaneros que jamás hayan podido soñarse, figuran con insólito relieve las que constituyen el tema de este libro.

Las acciones de los más osados piratas de todos los tiempos no logran sobreponerse al brillo de las aventuras vividas por la tripulación de la fragata corsaria "La Argentina", que bajo el mando del capitán Hipólito Buchardo paseó triunfante la bandera argentina por todos los mares del orbe, llevando el eco libertario de Mayo en la bronca voz de sus cañones, que sembraron la alarma y el terror entre los enemigos de nuestra patria, en los cinco continentes...

Buchardo parece un personaje de leyenda, pero no lo es, ni tampoco sus extraordinarias aventuras; él y ellas forman una de las páginas más brillantes de la historia argentina y del continente. Francés de nacimiento, tomó carta de ciudadanía argentina y en nombre de su nueva patria recorrió como un huracán los mares y las tierras, afianzando nuestra libertad, y por su valor indomable los españoles le llamaron "El Halcón de los Mares".



Buchardo, sobre la borda de su nave, dirigía el combate espada en mano.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

29/180

BIBLIOTECA BILLIKEN
COLECCION AZUL

E. NICOLA SIRI

BUCHARDO

“EL HALCON DE LOS
MARES”

ILUSTRACIONES DE
HOLDEN

EDITORIAL ATLANTIDA, S. A.
BUENOS AIRES

117X1064

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

Derechos reservados

HECHO EL DEPOSITO
QUE MARCA LA LEY

Se acabó de imprimir el día 31 de Agosto de 1940

TALLERES DE LA EDITORIAL ATLANTIDA

Azopardo 579 - Buenos Aires

Homenaje al ilustre historiadador Dr. Ricardo Levene.

EL AUTOR

AL LECTOR

AL presentar esta biografía al juicio de mis contemporáneos, no me guía otra finalidad que la de hacer justicia a una de las más vigorosas figuras de la guerra de la Independencia, injustamente olvidada por los historiadores, y presentarla ante el recinto augusto de la historia, tal cual fué al través de su vida dedicada por completo a la causa libertaria americana y de sus legendarias hazañas y aventuras vividas en los mares de los cinco continentes.

Este varón extraordinario fué Hipólito Bouchard (Buchardo), Comandante de la fragata "La Argentina" armada en corso por el Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata y en la que tremoló gloriosa al tope de sus mástiles

la bandera azul y blanca en un raid fantástico e inverosímil.

Como argentino y como intelectual amante de los fastos de nuestra historia, creo gestar una obra de positivo patriotismo al hacer conocer las alternativas y facetas que tuvo la azarosa vida de este heroico marino franco-argentino — tal vez uno de los más grandes de la guerra de la independencia continental — cuya recia personalidad es digna de verse perpetuada en el bronce que aún no tiene, no por falta de méritos, sino por el olvido de nuestros contemporáneos que desconocen su gloriosa epopeya, inspirada en el luminoso derrotero de la libertad.

Quiero contribuir con este modesto trabajo histórico. a hacer conocer ignorados y heroicos episodios de nuestro pasado — pletórico de ellos — y que sólo requieren la paciente dedicación del investigador, para exhumarlos de los viejos y amarillentos manuscritos y pergaminos y aportar con ello. gloriosas páginas más. al nunca completo volumen de la historia argentina.

I

PARALELO ENTRE BUCHARDO Y COCHRANE

AL hurgar entre los legajos que compendian la historia de la independencia sudamericana, fatalmente llegamos a un punto de partida, a la piedra angular de la gesta emancipadora: San Martín.

El Libertador es la base fundamental del gran edificio de la emancipación; su genio político y militar es la gran acequia donde deben de afluir todas las corrientes desencontradas de la época de ebullición que trastornaba al continente en su afán de liberarse de la ya inútil y caduca tutela de la metrópoli.

La lógica y el raciocinio sereno han demostrado

y comprobado. que la magnífica campaña de Simón Bolívar hubiera resultado estéril e inocua para la causa americana, de no haber entrado a actuar en la escena de la independencia el general José de San Martín.

La virtuosa concepción de criterio de nuestro guerrero máximo. hizo fructificar el empeño de Bolívar; y éste se hubiera estrellado contra el poderío del Virreinato del Alto Perú de no haber mediado la empresa de San Martín que fué poco a poco debilitando el poderío naval — en colaboración con Cochrane y Blanco Encalada — y el terrestre de los realistas, con un plan metódico y digno de Napoleón; para así llegar al final de la jornada y asestarle el golpe definitivo a los españoles en Guayaquil, tronchando el asta del último estandarte realista que flameaba en tierras de América.

San Martín y Bolívar fueron complemento el uno del otro; la sagacidad del venezolano era el violento contraste del genio militar del argentino y de la conjunción de ambos cerebros surgió la independencia sudamericana.

La historia ya los ha juzgado a ambos: Si grande fué Bolívar, gigante fué San Martín.

Decíamos antes que San Martín era el punto de partida de la empresa emancipadora; a su alrededor explayábanse en círculos concéntricos, los demás personajes del drama libertario.

Ubiquemos uno de estos círculos con deliberada precisión; encarnémosle y tendremos el personaje que buscamos; el hombre que en su hora conmovía al mundo con sus hazañas: Lord Cochrane (1).

Su llegada al escenario de la guerra sudamericana venía precedida de una bien ganada fama como marino valiente y audaz.

Y no era para menos. A los 26 años el bravo noble escocés al mando del bergantín "Speedy" de S. M. B. tripulado por sólo 54 hombres, tomó al abordaje a la fragata española "Gamo" con 32 cañones y 220 hombres de tripulación; y con sólo la pérdida de cuatro marineros, Cochrane se apoderó de la fragata rindiendo a toda la tripulación.

En 1806 con un sólo buque no tuvo reparo en empeñar combate contra tres bergantines y una fragata francesa, los que pese a estar protegidos por las fortalezas de la bahía de Aix, sucumbieron ante el denodado coraje de Cochrane y sus huestes, proeza ésta que al decir de varios histo-

riadores jamás fué igualada por marino alguno.

Su última hazaña en Europa hizo temblar a Napoleón: Promediaba el año 1809; la escuadra francesa estaba concentrada en la ya citada bahía de Aix, y Cochrane concibió la idea de destruirla.

Armó tres "brulotes" cargados con 1.500 barriles de pólvora y brea y en mitad de una noche de niebla los hizo remolcar sigilosamente y colocarlos en forma subrepticia entre las naves francesas y él personalmente con una antorcha en cada mano les prendió fuego arrojándose desnudo al agua.

La explosión fué espantosa y media escuadra francesa se hundió en una borrasca de fuego...

Pocos días después hacía también volar con dinamita los bastiones de una fortaleza de la costa francesa.

Estas proezas le singularizaron como al primer marino de la flota británica, lo que no era bien visto por Nelson, el afortunado vencedor de Trafalgar.

Ascendido posteriormente a cargos mayores en la armada, se dedicó a la política y llegó a ser miembro del Parlamento, pero impulsado por su gran codicia y desmedido deseo por el oro, se

complicó en turbias maquinaciones bursátiles, por lo que fué expulsado de la Cámara de los Comunes a la que pertenecía y expuesto a la picota popular.

Decepcionado por esos contratiempos y deseando rehacer sus quebrantos financieros, despertóse en él el aventurero que dormía en su interior y puso los ojos en Sudamérica, donde la guerra de la Independencia ofrecíale campo propicio para su sed de aventuras.

Invitado por Alvarez Condarco y Alvarez Jonte, agentes de Chile y de San Martín en Londres, Cochrane aceptó embarcarse para Sudamérica y antes de abandonar Inglaterra, en un banquete que le ofrecieran unos amigos, espetó un vibrante discurso que causó sensación en la Corte. (2)

Llegó a Valparaíso el 28 de noviembre de 1818 acompañado por su esposa, que era una bellísima dama de la aristocracia londinense y cuya hermosura la hizo pronto reina de los salones chilenos.

Era a la sazón comandante de la incipiente escuadra chilena el joven almirante Manuel Blanco Encalada, que después de sufrir un cautiverio de cuatro años impuesto por Marcó en la isla de Juan Fernández, había sido liberado por el "Pueyrre-

dón", primera nave de guerra que pudo armar el Director O'Higgins.

Pronto Blanco Encalada al mando de frágiles barquichuelos se cubrió de gloria en varios combates, en los que consiguió apresar muchas naves enemigas, las que pasaron a integrar la escuadra chilena.

Resuelto por O'Higgins que Lord Cochrane se hiciera cargo del comando de la escuadra, el Almirante Blanco Encalada no tuvo inconveniente en ceder su puesto gloriosamente conquistado al recién llegado, y fué el primero en reconocer al héroe británico como al hombre capaz de llevar a mayores glorias la escuadra de su patria.

Cochrane supo apreciar el caballeresco gesto de su antecesor y en sus "Memorias" lo consigna con espontánea efusión.

Resuelta posteriormente por el Director O'Higgins y el Senado chileno la expedición libertadora al Perú y en la cual debía de colaborar eficazmente Cochrane, transportando en las naves de la escuadra al ejército de San Martín, vió llegado el ambicioso marino el momento de enriquecerse.

El soñaba con los fabulosos tesoros de los Incas en el Perú y su anhelo era poder apoderarse

de esas riquezas agrandadas en su calenturienta mente de aventurero. Cochrane quería darle a la expedición argentino-chilena al Perú el carácter de empresa conquistadora y no de acción libertadora.

Con toda frialdad expuso su plan al Director O'Higgins: Conquistado el Perú a sangre y fuego, sus ciudades serían arrasadas y entregadas al saqueo apoderándose de todos los bienes públicos y privados...

El Director palideció: ¿Convertir la magna expedición libertadora en una vulgar aventura filibustera? ¡Jamás!

Y el resultado fué que nombróse a San Martín generalísimo de la expedición y a Lord Cochrane se le comunicaba que debía de ceñir en todo su conducta a las disposiciones que emanaran del comandante en jefe.

Aquí empezaron las discrepancias entre el Almirante y el Generalísimo. Cochrane quería obrar por su cuenta y no contento con asaltar y depredar navíos enemigos en alta mar, acometía las más descabelladas empresas, intentando asaltar ciudades fortificadas y comprometiendo en muchas de ellas el crédito y la estabilidad de la Ex-

pedición Libertadora; lo que motivó más de un entredicho entre San Martín y Cochrane; pues el primero no podía permitir los desmanes del segundo.

Ello ahondó aun más el abismo que se había abierto entre los jefes de la cruzada, y la anarquía más completa separaba al ejército de las fuerzas de mar, hasta que llegado el 4 de agosto de 1821, segundo día de haber sido ungido San Martín Protector del Perú, el Almirante Cochrane se presentó en el palacio de gobierno de Lima y en tono airado le exigió a San Martín el pago de los sueldos atrasados que se debían a la escuadra desde su salida de Valparaíso.

Como San Martín le manifestara que no estaba el Perú en condiciones de abonar una deuda que había contraído el Senado de Chile, se suscitó entre ambos un violentísimo altercado al que puso fin San Martín diciéndole a Cochrane: "Puede usted llevarse la escuadra donde guste y marcharse cuando quiera: Con un par de bergantines tengo suficiente". (3)

Irritado Cochrane por las palabras del Libertador, resolvió por sus medios arbitrarse los fondos para pagar sus tripulaciones y se apoderó a

viva fuerza de un buque anclado en Ancón a cuyo bordo, por orden de San Martín, habían sido trasladados todos los tesoros de Lima.

Apoderado de esos tesoros, Cochrane los distribuyó entre su marinería, quedando malparado San Martín como depositario infiel de los bienes públicos.

El Libertador ansioso de rendir el Callao, para lo cual necesitaba de la ayuda del Almirante y su escuadra, contemporizó a indicación de O'Higgins con este acto de inaudita piratería de Cochrane.

Tiempo después y ya rendido el Callao, se ahondaron las divergencias entre ambos jefes y el irascible Cochrane se sublevó con la escuadra y abandonó a San Martín, yendo por su cuenta y riesgo a emprender un crucero por el Pacífico Norte.

.....

Tal a grandes rasgos la personalidad de Lord Cochrane, Almirante de la escuadra chilena, quien erigióse en oportunidad juez de Hipólito Buchar-do y le tuvo preso en las casamatas del fuerte de Valparaíso, acusándole de "pirata" y de haber violado las leyes de corsario.

Esta rápida pintura de Cochrane, nos sirve para hacer un acertado paralelo — de proyecciones diametralmente opuestas — entre el bravo y arrogante marino francés y el ambicioso lord inglés. Del primero tendremos el más acabado retrato en los capítulos siguientes.

Y para rubricar el paralelo, subrayemos con una frase de neto sentido salomónico: Si Bouchardo fué un “pirata”, Cochrane por su proceder era digno de la horca, como lo fué su compatriota Henry Morgan.

Pero ambos fueron dos paladines de la guerra naval, de la gesta emancipadora americana.

Loor a estos bravos.

II

EL HEROE PROVENZAL

EN la costa mediterránea cerca de Marsella, en la Provenza, estaba enclavado entre montes de olivas y viñedos, el villorrio marinero de Saint Tropez, que fué cuna del más grande Almirante de la Francia: Suffren.

La fisonomía del paisaje se retrata en la idiosincrasia de los hijos de esas latitudes — todos grandes marinos — cuyo pasado arranca de la época en que las escuadras de España azotaban esas costas y dejaban sangrientas huellas en las poblaciones provenzales; lo que fué creando un estado de conciencia popular de aversión hacia el poder de la Península, entonces semiomnipotente; y por eso hemos visto figurar en la guerra de la Independencia Americana a no pocos fran-

ceses, que combatieron con igual encarnizamiento de criollos al poder ibérico en América, hasta conseguir su total aniquilamiento.

El viejo y glorioso almirante Suffren dejaba al morir el glorioso mandato de que Saint Tropez continuara siendo cuna de marinos bravos que debían de prolongar la gloria de abatir al enemigo que otrora sembrara la muerte y la desolación en el humilde villorrio, y de la pléyade marinera que recogió el mandato del viejo almirante: se destacó empero un hombre, que al correr de los años y a influjo de la hirviente sangre provenzal que bullía en sus venas, se convirtió, para desgracia de la España, en el azote de su comercio de ultramar que ligaba la Península a sus ricas colonias de América.

Aquel hombre tremendo fué Hipólito Buchar-do, capitán corsario argentino que a mediados del Siglo XIX, su nombre hacía temblar a los navegantes mercantes españoles que surcaban la ruta de Filipinas y a las poblaciones costeras del Pacífico norte, y sus hazañas aún se recuerdan, y su nombre aún se menciona con el legendario y acertado mote de: "El Halcón de los mares".

Y Saint Tropez fué también su cuna gloriosa,

como lo fué del Almirante Suffren. Allí nació Hipólito BucharDO el 13 de agosto de 1783. (4)

Criado bajo el ardiente sol del mediodía, su estatura vigorosa adquirió hermosa contextura. Era el prototipo del personaje legendario e interesante.

Su cabellera negra y rizada daba extraña expresión a su rostro viril, donde una nariz aguileña y unos penetrantes ojos de halcón denotaban una voluntad inquebrantable. Su cabeza asemejábase a la de un gladiador romano, reflejando un físico poderoso, dotado de una superior fuerza de acción. Su mirada serena revelaba habitualmente la bondad de un corazón sencillo y generoso; pero en el combate se transformaba, irradiando la luz y los penetrantes destellos de las pupilas del leopardo embravecido.

Su arribo al Río de la Plata parece ocurrir en 1808, radicándose en Buenos Aires y dedicándose a comerciar entre esta plaza y la de Montevideo, y así lo sorprende el estallido revolucionario de 1810, poniéndose del lado de la causa patriota a la que abrazaría con fervor al igual que otros franceses ilustres que se hallaban en el Río de la Plata.

En cuanto a su incorporación al servicio activo de la causa patriota, coincide con la necesidad del Gobierno Patrio de crear una escuadrilla naval, para poner coto a los desmanes de Romarate, que al mando de una flotilla de guerra hostilizaba las riberas de nuestros ríos.

La Junta de Mayo al mediar el año diez, tenía ya resuelta la creación de una escuadrilla, y para ello se contó con la colaboración central de Juan Bautista Azopardo, maltés de nacimiento, pero que habiendo cursado estudios en Marsella, había terminado por abrazar la carrera naval.

Azopardo era uno de los marinos de mayor prestigio que había en Buenos Aires en la época de la revolución. Ya se había destacado por su heroísmo durante las invasiones inglesas en que actuando como segundo comandante del corsario "Dromedario" y su valiente comportamiento en esas circunstancias le mereció un cálido elogio del Cabildo, quien le confió el mando de la batería de la Recoleta, cargo en que lo sorprende el motín de enero de 1809 de los criollos, pidiendo que Liniers sea ungido Virrey. Ello le trajo aparejado el enojo de Cisneros, quien obligó a Azopardo a abandonar el país, el que se radica en Montevideo.

Estos antecedentes incidieron en el ánimo de los componentes de la Junta de Mayo, para confiarle el mando de las primeras naves de guerra, cuando por necesidad se debió de pensar en su creación.

Azopardo designó colaboradores en su tarea a sus compatriotas Angel Hubac, valiente artillero en las jornadas de la Reconquista, Estanislao Courrande, viejo ciudadano francés avecinado en el Plata y que poseía un astillero, y a Hipólito BucharDO, con quien sospechamos — según el autorizado criterio del Capitán Ratto — le ligara una amistad desde Saint Tropez.

La iniciativa del vocal de la Junta Juan José Passo. pronto tomó cuerpo y la necesidad de crear una división naval armada se hizo más imperiosa, después del desgraciado fin de la expedición del General Belgrano al Paraguay, ya que quedaban las vías fluviales del Paraná y sus costas libradas al enemigo refugiado y atrincherado tras las murrallas de Montevideo.

El "alma mater" de la creación de la primera escuadrilla argentina fué el ex teniente de fragata en Trafalgar Francisco de Gurruchaga, quien con la eficaz colaboración de Azopardo, Buchar-

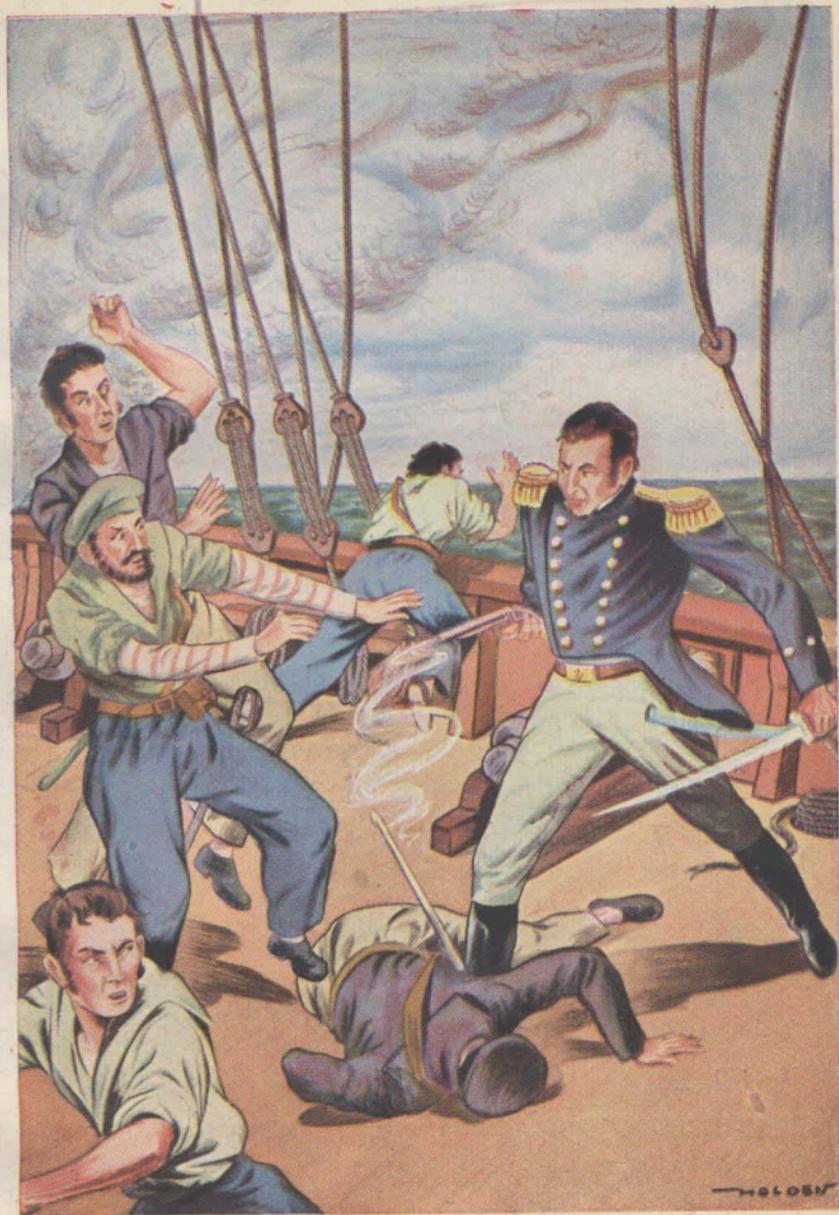
do y Courrande dejaban listo el armamento de tres naves antes de finalizar el año 1810.

En esta forma y venciendo no grandes obstáculos se consiguieron alistar los bergantines "Invencible", "Americana" y "25 de Mayo", siendo sus comandantes Azopardo, Hubac y Buchardo respectivamente. Esta primera división naval argentina levó anclas de Buenos Aires la tarde del 10 de febrero de 1811 enfilando aguas arriba en demanda del Paraná, teatro de sus futuras operaciones.

Buchardo, que en esa época tenía 25 años, vió llegada la gran aventura de su vida y al decir de Ratto "embargado en sueños de victoria; sintiéndose un Suffren; fuerte de brazo y de corazón, debió de vivir horas de recuerdo inolvidable".

La partida de las naves argentinas no pasó desapercibida para los realistas de Montevideo, y las autoridades ordenaron al valiente e implacable capitán de fragata Jacinto Romarate que con fuerzas navales a su mando saliera en persecución de la escuadrilla "rebelde".

En verdad que era irrisorio anteponer a un enemigo poderoso como era España en esa época en que dominaba el Plata, tres débiles naves ar-



El terror se había apoderado de los bisoños marinos...

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

tilladas con un total de 32 cañones y tripuladas por soldados y bisoños que recién pisaban la cubierta de una nave. Esa imprudencia de la Junta Revolucionaria, caro debía pagarla pocas semanas después con el completo desastre de San Nicolás.

Durante tres semanas nuestra escuadrilla navegó bordeando las costas del Paraná y dejando tras su estela las poblaciones de San Pedro, Ramallo, Zárate y Campana y en la mañana del 2 de marzo nuestras naves avistaban la población de San Nicolás de los Arroyos, donde se impuso Azopardo de que las fuerzas de Romarate estaban sobre su ruta y que era imposible ya eludir las y resuelve en consecuencia aprestarse para el combate.

Las disposiciones adoptadas son las siguientes: La "Invencible" en que Azopardo enarbola su insignia se recuesta a lo largo de la costa de manera que con una rápida maniobra presentara siempre una banda artillada al enemigo; en la misma forma, pero en la banda opuesta del río, Buchardo apareja la "25 de Mayo" mientras que la "Americana" de Hubac, anclada metros más arriba de la capitana, facilita parte de sus artilleros para manejar las piezas de una batería ra-

sante de tierra, que ha de batir al enemigo así que éste entre en su campo de tiro.

A la aparición de las naves enemigas los artilleros de la batería de tierra se apresuran a disparar las piezas y denuncian así la posición a los realistas, que eluden el obstáculo, concentrando todos sus fuegos sobre la "Invencible" y la "25 de Mayo".

Dos naves españolas varan sobre un banco de limo y Buchardo ve la oportunidad magnífica de llevarles un abordaje en lanchas. Se traslada a bordo de la capitana e impone a Azopardo de su plan, pero el segundo comandante de la nave, Díaz Edroza, en un incalificable arranque, recrimina rudamente a Buchardo por haber abandonado su puesto en la "25 de Mayo" y trata de descabellada la empresa que se ofrece a acometer Buchardo.

Este regresa a bordo de su nave y desde ese momento la acción está perdida para los patriotas. El fuego realista arrecia barriendo la metrala las cubiertas de las naves independientes que se llenan de muertos y heridos. En la nave de Buchardo ocurre un episodio dantesco.

Los artilleros abandonan las piezas y los fu-

sileros sus puestos e intentan huir; el terror se ha apoderado de esos bisoños marinos que diez minutos antes hubieran luchado como tigres si Buchardo los conduce al abordaje; pero la indecisión de Azopardo y los desplantes de Díaz Edroza han precipitado el final. Buchardo, con una pistola en la diestra y el sable en la siniesetra, sablea por la espalda a los cobardes que rehuyen el combate; grita, gesticula como un poseído y descarga su pistola sobre un cabo artillero que sin disparar la pieza trata de ganar la borda para arrojarse al agua... Derrotado sin luchar, Buchardo es el último en abandonar la cubierta de su nave, que cae en poder del enemigo.

Mientras tanto Azopardo concentra sobre su nave el interés de los españoles que vomitan fuego y metralla sobre la "Invencible". De los 52 tripulantes 48 han sucumbido muertos y heridos. Los realistas se aprestan al abordaje y, viéndose perdido, Azopardo toma una mecha encendida y se dirige a la santabárbara... "Mueran todos" — masculla el maltés, — pero los ayes de los heridos y moribundos que se arrastran sobre cubierta le detienen en su incendiaria y terrible decisión, y el valiente se entrega. Prisionero de los españoles

fué cargado de cadenas y encerrado durante muchos años en las mazmorras de Algeciras...

.....

Tiempo después Buchardo, Hubac y demás oficiales de las naves rendidas en San Nicolás, comparecían ante un consejo de Guerra nombrado por la Junta Revolucionaria y de cuyo fallo surgió límpida la figura de nuestro héroe, en contradicción a lo dicho en tal sentido por los historiadores Mitre y Oliveira César, que biografiaron a Buchardo; siendo la causa de tal error de crítica, el hecho de no haber podido consultar los antecedentes del proceso de San Nicolás, ya que posteriormente se hizo sobre el mismo una meridiana luz.

En el citado proceso actuó como Juez Fiscal el ex teniente de fragata José de la Peña y Zazueta, cuya capacidad y acrisolada honradez da la pauta de la sinceridad de la sentencia.

En resumen, si algún acusado salió de los folios del sumario, no fué Buchardo, sino Azopardo, quien pese a su valeroso comportamiento durante el combate, no accedió al lógico pedido de Buchardo de abordar a las naves realistas. La sen-

tencia “priva a Azopardo del derecho de mandar” y en cuando a Díaz Edroza “se desaprueba la cobarde y desafortada oposición que hizo a los comandantes de la “25 de Mayo” y “Americana” — Buchardo y Hubac — que clamaban por que se batiese al enemigo luego que varó sobre la isla”.

Por último se castigó a varios hombres de la “25 de Mayo” convictos de haber huído durante el combate, pese al fuego que sobre ellos hizo para evitar su fuga. el comandante Buchardo. Dicha sentencia lleva la firma de Saavedra, refrendada por Matheu y signada por los Miembros del Consejo de Guerra integrado por Olmos, Alagon, Molina, Campana y de la Peña Zazueta, y fué expedida en Buenos Aires con fecha del 20 de mayo de 1811.

III

LA ESCUELA DE SAN MARTIN

DESPUES del proceso incoado a raíz del desastre de San Nicolás, el Gobierno confió a Buchardo el mando de una cañonera, con la que bizarramente siguió luchando contra los realistas, interviniendo eficazmente en la supresión de los bombardeos que el almirante español Michelena efectuó contra Buenos Aires.

Las crónicas describen que la noche tormentosa del 7 de julio de 1811, una flotilla española al mando del citado Michelena, compuesta de ocho naves bien artilladas, bombardearon durante la noche la ciudad dormida. Buchardo al mando de su cañonera que artilla una pieza de a 18 sale del fondeadero de la Merced y toma la defensiva patriota y entablándose en singular duelo con la na-

ve capitana realista la obliga a salir fuera del campo de tiro de la ciudad y "La Gaceta" comenta de "que la cañoneó con tal saña, que hay constancia de que rompió su muñón y, por supuesto, causó graves daños al enemigo".

En agosto de ese mismo año intenta nuevamente Michelena bombardear la ciudad y en esa ocasión, los patriotas que a indicación de Gurruchaga habían alistado tres buques, salieron a las órdenes de Buchardo a hostilizar al enemigo y con tanto acierto fué hecho ello, que los realistas se retiraron sin haber logrado colocar un solo impacto en la ciudad.

Poco tiempo después Buchardo elevaba un memorial al Gobierno en el que aconsejaba la creación de dotación de marineros profesionales para los buques, marineros que vendrían a suplantar a las tropas de línea embarcadas en los navíos de guerra; en esa forma se lograría disponer de una regular tripulación debidamente instruída y capaz de afrontar cualquier eventualidad; pues aunque firmada la paz con Montevideo y alejado momentáneamente el peligro de nuevos bombardeos; la situación de predominio seguía por parte de

los realistas que seguían copando con sus naves el Río de la Plata y sus afluentes.

Pero el Triunvirato nada hizo en ese sentido y muy al contrario ordenaba en octubre del año once, de que los buques armados fueran entregados para su custodia a las tropas del ejército, y ese mismo mes las naves de Buchardo penetraban al fondeadero del Riachuelo y allí eran licenciadas sus tripulaciones y desarmados los buques.

En esta forma y por imprevisión del Gobierno se destruyó la primera fuerza naval regular argentina, y esa resolución trajo aparejadas funestas consecuencias que hubo luego que lamentar.

Buchardo fuera de su elemento y hastiado de la vida de marino "anclado", se presenta en abril de 1812 en la Plaza de Marte, en el Retiro, donde el Coronel José de San Martín, recién regresado al país, se ha dado a la noble y patriótica misión de crear el glorioso regimiento de Granaderos a Caballo, donde pidió a su jefe sentar plaza en el brillante escuadrón.

Craso error es el de los historiadores que dijeron que Buchardo fué a buscar en granaderos la rehabilitación de su poco valor evidenciado en San Nicolás! El valiente marino se incor-

poró a San Martín con una brillante foja de servicios y en su ardiente deseo de servir a la causa de la Independencia; por otra parte San Martín era un militar suficientemente pundonoroso para haber aceptado en su cuerpo un oficial que tuviera una mancha que limpiar en su honor.

Y es allí, en la brillante escuela sanmartiniana que el bravo provenzal retempla del todo su acorado espíritu, y lo predispone para las duras pruebas que un futuro cercano le ha de deparar, pruebas que han dejado su nombre escrito en los fastos de la historia de la Independencia Americana.

Y el primer eslabón de esa cadena de gloria lo conquistó Buchardo el 3 de febrero de 1813 en las barrancas del Paraná que domina la torre del viejo monasterio de San Lorenzo.

San Martín al frente de sus bizarros granaderos da una mortal carga a los realistas, y por vez primera resuena en tierra americana el clarín de los heroicos escuadrones, clarín que suena a gloria y que ha de repetirse mil veces más, en idéntico sonar, por todos los ámbitos del continente que bulle en lava libertaria.

Buchardo recibe en el histórico combate su verdadero bautismo de sangre y se desposa con la gloria: En mitad de la contienda, poseído de un arrojo insospechado, él solo, empuñando impetuosamente su sable, deshizo el cuadro de oficiales realistas y arrebatando de manos del abanderado, a quien quita la vida, el estandarte de Castilla, corrió a hacer entrega al mismo San Martín, del trofeo conquistado. El Coronel lo abraza emocionado.

Al remitir al Gobierno ese trofeo, decía el Coronel San Martín en el parte militar de la victoria: *“Pongo en manos de V. E. una bandera que le arrancó con la vida al abanderado el valiente oficial D. Hipólito Buchardo”*.

Después de esta acción, Buchardo deja el cuerpo de granaderos y se separa de San Martín, quien es designado para hacerse cargo del ejército del Norte, que comanda a la sazón el malhadado General Belgrano.

Se ha de volver a encontrar con su antiguo jefe y camaradas, en Valparaíso, luego de la ignominiosa prisión que le ha hecho sufrir Cochrane. Y el encuentro es precisamente la víspera de la partida de la Expedición Libertadora al Perú a



Arrebató al abanderado el estandarte de Castilla.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

la que entusiastamente se incorpora Buchardo con sus naves.

* * *

Por esa época vuelve el Gobierno de las Provincias Unidas a contemplar la necesidad de armar nuevamente buques en guerra para disputar a los realistas el predominio del Río de la Plata.

Tres marinos extranjeros aparecen como posibles comandantes de las nuevas fuerzas navales, ellos son: Estanislao Courrande, a quien ya conocemos en el apresto de la escuadrilla destruída en San Nicolás; el norteamericano Benjamín Seaver y el irlandés Guillermo Brown, recayendo en este último la designación de Comandante. En esta ocasión Buchardo no fué tenido en cuenta para el desempeño de cargo alguno en la marina; tal vez haya influído en ello la creencia de que había resuelto dedicarse definitivamente a las fuerzas de tierra; su incorporación a San Martín así lo hizo sospechar en un principio; pero Buchardo había nacido para sentir mecerse bajo sus plantas las oscilantes cubiertas de las naves, y más cómodo se hallaba en el puente de mando de su barco que en la enhiesta silla de granadero; más

le gustaba el estampido de los cañones mezclado con el fragor de las tormentas del océano, que el bárbaro retemblar de la tierra bajo los cascos de la caballada en una carga de lanceros... Y Bucharcho volvió al mar.

La segunda escuadrilla argentina tuvo más suerte que la primera y el talento marinero de Guillermo Brown, y sus indiscutidas condiciones de conductor de buques, trajeron aparejadas horas de gloria para las fuerzas navales patriotas; Martín García, Arroyo de la China y el Buceo, fueron jalones de gloria que el bravo irlandés bordó con heroísmo en las listadas franjas azules y blancas de la bandera nacional que tremolaba al tope de las naves de su mando.

Con la capitulación de la plaza de Montevideo, varias naves fueron apresadas por los patriotas y una de ellas, la fragata "María Josefa", la encontramos en abril del año 15 bajo el comando de Hipólito Buchardo.

Por esa fecha el Gobierno vuelve a disponer el desarme de las naves patriotas, y el Comodoro Brown es nombrado Comandante General de Marina, lo que no se avino con su espíritu aventurero; en cuanto a sus ex compañeros Oliverio Rus-

sell — su segundo en la campaña de Montevideo, — Miguel Brown, hermano de Guillermo, y su cuñado Diego Chitter resolvieron emprender un crucero Corso por aguas del Pacífico.

El Director Supremo de las Provincias Unidas aprobó en esa fecha la guerra de corso contra España, y en consecuencia la escuadrilla que se alistaba tenía por finalidad, amén de la de hostilizar el comercio español en el Pacífico, el abrir comunicaciones con los patriotas chilenos y peruanos e imponerlos de la marcha del poderoso ejército que San Martín alistaba en el Plumerillo para cruzar los Andes y caer por sorpresa sobre las fuerzas de Marcó.

Cuatro fueron las naves que por esos días se alistaban en Buenos Aires financiadas por ricos armadores, entre ellos don Vicente Anastasio de Echeverría que llevaba parte activa en el armamento del “Halcón”, cuyo mando se le confió a Buchar-do; “La Trinidad”, al mando de Miguel Brown; la “Constitución”, confiada a Oliverio Russell y armada por chilenos, y la fragata “Hércules”, propiedad de Guillermo Brown, que debía ir bajo el comando de su cuñado Chitter.

Hasta el momento mismo de la partida de las

primeras naves corsarias se ignoraba la parte activa que Brown tenía en esta empresa; pero los acontecimientos políticos precipitaron la decisión del Comodoro de embarcarse en su nave.

El Director Alvear era derrotado en esos días por la sublevación que encabezaba Alvarez Thomas, y el cambio de situación hizo comprender a Brown que sería relevado en su puesto de Comandante General de Marina, y él adelantándose siempre a los acontecimientos, abandonó dicho cargo y resolvió embarcarse de incógnito en su "Hércules".

Sabedor de que Buchardo debía de partir luego que él, tuvo una entrevista con el marino provenzal y en ella le fijó su punto de reunión que debía ser la Isla de la Mocha, en el Pacífico.

Ese era el primer formal encuentro que tenían ambos marinos, y a decir verdad ninguno de los dos salió conforme de la impresión mutua que se habían causado. Buchardo se sentía algo molesto de tener que estar supeditado a Brown en esta empresa, que le hubiera gustado acometer solo; y por su parte el Comodoro parecía adivinar en el francés ojo y garra de halcón y un valor rayano en la temeridad. ¿Es que preveía ya el irlandés que Buchardo sería el hombre que con un gol-

pe de audacia tendría que liberarlo de su corto cautiverio a manos de los realistas en Guayaquil? Lo que Brown ignoraba era que Buchardo poseía un alma hermosa y que no vacilaría en nada, cuando se trataba de dejar bien sentado el nombre de la libertad y la justicia, supremo blasón del marino de Provenza.

IV

PACTO DE BROWN Y BUCHARDO

DESOBEDECIENDO órdenes expresas del Directorio, el 15 de octubre de 1815 zarpa subrepticamente de Buenos Aires. el Comodoro Guillermo Brown, a las órdenes de la escuadrilla corsaria integrada por la "Hércules", hermosa fragata que le había sido regalada en premio a sus acciones, y "La Trinidad".

Inusitado revuelo causó la desobediencia de Brown al irse en las naves corsarias, y a indicación del Secretario de Hacienda del Gobierno, don Manuel Obligado, resolvióse enviarle al Comodoro un oficio confidencial en el que se le llamaba al deber y a la obediencia.

La respuesta a tal comunicación lo pinta entero al fiero irlandés: "La causa de los americanos del

Sud — contestaba Brown — debe seguirse por un hombre capaz de servirla con honor y vigor. No puedo regresar ni nadie puede esperar que lo haga. Me alejo contento de un lugar en donde se ve a los hombres honestos despreciados y a los pícaros favorecidos” (5).

Esta amargura que trasuntaba el mensaje del Comodoro al Director Supremo era un fiel reflejo de la situación imperante en las Provincias Unidas que estaban convulsionadas por un malestar intestino que amenazaba degenerar en una guerra civil; pero como el comentario de esa época de nuestra organización escapa a la órbita que debe ceñirse el autor de estas páginas, proseguiremos con la narración suscita de las andanzas corsarias de Brown por los mares del sud.

Al mes de navegación, sufriendo ambas naves una espantosa tempestad, arribaron a la Isla Madre de Dios, donde Brown se dió a la tarea de reparar la “Hércules” de un gran rumbo que en su casco habían abierto unas rocas al tocar fondo pedregoso. Después de siete días de recalada en dicho lugar continuaron las naves su derrotero, trabándose combate entre “La Trinidad” y la goleta es-

pañola "Mercedes" que fué abordada y capturada por la argentina.

Con la presa a remolque las naves de Brown se dirigieron a la isla de La Mocha, frente a las costas de Chile, y que es un imponente peñasco perdido en mitad del Océano Pacífico.

Allí debía de aguardar Brown la llegada de un emisario portador para él de importantes comunicaciones ordenándole abrir y proteger la insurrección en Chile.

Y el emisario no era otro que Hipólito Buchardo, quien al mando del bergantín "Halcón" y navegando a la zaga de la goleta "Constitución", armada y tripulada por varios patriotas chilenos (6) y comandada por el capitán Oliverio Russell, zarpó del puerto de Buenos Aires rumbo al sud en procura del Comodoro Brown.

Al doblar el Cabo de Hornos sorprendió a ambas naves una violenta tempestad, naufragando la goleta "Constitución" y pereciendo todos los valientes emigrados chilenos a excepción del capitán de caballería don Ramón Freyre, que a último momento había embarcado en el "Halcón".

Por fin después de un sinnúmero de contrariedades y vicisitudes marineras, el "Halcón" avistó el

peñasco de La Mocha, y fondeadas frente a sus acantiladas costas, el "Hércules" y "La Trinidad".

El Comodoro Brown y sus oficiales habían desembarcado para hacer aguada y abastecerse de carne fresca, para lo cual los marineros habían organizado partidas de caza por el interior de la agreste isla, capturando regular cantidad de jabalíes y lobos marinos cuya carne salaban y convertían en charque, pese al gusto coriáceo que ofrecía la carne de los lobos.

Buchardo apenas fondeó hizo alistar una ballenera para dirigirse a tierra acompañado por el capitán Freyre, y en mitad de una violenta tormenta que por momentos parecía que iba a hacer zozobrar la embarcación, llegó por fin a la playa de la isla donde le aguardaba un marinero de Brown que debía guiarle hasta su comandante.

La partida atravesó un pequeño bosquecillo y al caer la noche, a la luz siniestra de los relámpagos, distinguieron una cabaña hecha con restos de una embarcación naufragada, troncos y rocas. Una antorcha resinosa que el viento hacía oscilar téticamente pendía de una argolla y alumbraba el frente de aquella cabaña marinera, en cuya puerta se hallaba apostado un marinero armado de fusil.

Al penetrar Buchardo y su acompañante en la cabaña, Brown con su cuñado Walter Davis Chitter y su hermano Miguel Brown se hallaban entregados a la consulta de una carta marina de las costas del Pacífico, la que extendida sobre un viejo arcón que oficiaba de mesa era alumbrada por el rojizo resplandor de un quinqué.

Buchardo impuso brevemente al Comodoro de las instrucciones que le habían dado en Buenos Aires antes de partir para trasmitirlas a él, instrucciones que ratificaba con los pliegos que era portador y que ponía en sus manos.

Dijimos ya que dichas instrucciones se basaban en la necesidad de distraer con habilidad a los realistas de Chile para permitir que el Coronel San Martín alistara su poderoso ejército que estaba preparando activamente en el Plumerillo y así caer sorpresivamente sobre los españoles por la meseta andina.

Para ello Brown debía instruir debidamente al capitán Freyre, quien desembarcaría en Chile y obrando como agente de San Martín iría preparando la insurrección de su patria.

Por primera vez Brown — cuyo recelo hacia Buchardo era notorio. — se fijó detenidamente en

las excepcionales cualidades que el francés parecía poseer para la audaz misión de corsario, y le propuso asociarse en la empresa que pensaba iniciar contra las naves y ciudades realistas del Pacífico.

Le nombró su "segundo" y convinieron en repartirse equitativamente todo botín que obtuvieran del raid corsario que planeaban. Buchardo sintió arder en sus venas la sangre viril de la Provenza y aceptó el convenio, sellándose así un pacto entre aquellos lobos de mar, que significaba la ruina y la desolación para los súbditos del Rey Fernando.

El primer golpe de aquella empresa lo asestarían sobre el Callao (7), poderoso puerto del Perú donde tenía su asiento el Virrey, y que estaba guardado por el lado del mar por los fuertes Real Felipe, San Miguel y San Rafael, artillados todos estos baluartes con más de ciento cincuenta bocas de fuego de diferentes calibres.

Convenido el plan ambos marinos se separaron. Brown pensaba ir a la Isla de Juan Fernández donde se hallaban confinados varios patriotas chilenos por los jefes realistas Osorio y Marcó, acusados de insurrectos, e intentaría su liberación, mientras que

Buchardo tomando opuesto rumbo debía ir a esperar al Comodoro frente al Callao, puerto que pensaban atacar apenas se reuniesen en aguas de su bahía.



Lanzó su nave al abordaje de la española.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

V

INFRUCTUOSO ATAQUE AL CALLAO

EL 31 de diciembre de 1815 ambos corsarios se separaron y mientras Brown se dirigía como antes dijimos a la Isla de Juan Fernández, Buchardo con su "Halcón" puso proa al Callao.

El ínterin que medio entre la separación y unión de los corsarios fué bien aprovechado por éstos. Puesto Buchardo en la ruta de los navíos mercantes, su primera presa fué la fragata "Candelaria", que cargada de mercaderías y ricas esencias se dirigía a España. Dos días después avistaba la goleta "Mercedes" a la que cañoneó terriblemente echándola a pique y los náufragos recogidos y enrolados por fuerza para servir en la nave corsaria.

Brown mientras tanto en su viaje a Juan Fernández capturó cerca del promontorio rocoso lla-

mado de las Hormigas. la fragata española "Gobernadora", que iba rumbo a la península cargada de oro y plata en barras.

Ya cerca del Callao capturó Bucharcho un pailebot cargado con cacao, sándalo y otros productos, y por un verdadero milagro escaparon de las manos corsarias las naves "Carlota" y "Moctezuma" que con valioso cargamento iban camino a Europa.

Recalando unos días en la isla de San Lorenzo, fugáronse de ella varios prisioneros de la fragata "Gobernadora"; los que llegando al continente pusieron sobre aviso al Virrey en Lima, quien ordenó reforzar las guarniciones del Callao para cualquier evento, ya que sabía de la audacia y el valor temerario de los corsarios argentinos, ordenando que varias naves españolas armadas en guerra patrullaran la bahía, mientras que las mercantes eran amarradas en el puerto bajo el amparo de los cañones de los fuertes.

Mientras estos preparativos ocurrían en el Perú, ambos marinos no daban tregua a las naves realistas que hallaban en su derrotero, consiguiendo así capturar las presas antes mencionadas, lo que había sembrado ya la alarma por las ciudades

costeras a aquellas aguas que dominaban en esos instantes los corsarios (8).

Buchardo llegó antes que Brown al Callao, e impaciente por emprender cuanto antes su ataque, penetró resueltamente en la bahía y pese a estar bajo la línea de fuego de las fortalezas, trabó singular combate con una poderosa fragata española armada en guerra y que ricamente cargada penetraba en ese momento en el puerto.

Esta fragata era la "Consecuencia", y al verse atacada por el "Halcón" resolvió empeñar el combate, ya que estaba en ventaja sobre el navío de Buchardo.

Este lanzó decidido su nave al abordaje de la española, y cuando ambos navíos quedaron fuertemente prendidos por los ganchos de abordaje que lanzaron los patriotas, Buchardo al frente de su gente se lanzó sobre el puente de la fragata trabándose entre corsarios y realistas un combate épico, quedando a poco el castillo y el entrepunte del navío atacado lleno de cadáveres. Ante el último y vigoroso empuje de los atacantes los españoles se rindieron, y el estandarte de Castilla cedió ante la bandera azul y blanca, la que fué izada en medio de gritos de júbilo de los patriotas y ante el

estupor de la población del Callao, que desde lo alto de los bastiones había presenciado el sangriento combate.

Conseguida tan importante presa, Buchardo enarboló en ella su bandera, como un anticipo a la acción que más tarde debía emprender con aquella misma nave que él bautizara con el nombre de "La Argentina".

Esa noche arribó el Comodoro Brown al Callao, y tras una breve conferencia ambos marinos lo prepararon todo para dar el audaz golpe de mano ese mismo amanecer. A todo esto, la proximidad de los corsarios habían puesto en guardia al Gobernador de la plaza y al comandante de la guarnición, que se aprestaron a castigar tamaña audacia de los patriotas.

El brumoso amanecer del 22 de enero de 1816, despertó sobresaltada a la población, un violento cañoneo que provenía de la parte del mar y que era contestado vigorosamente por los artilleros de los castillos (9).

Las primeras luces del alba mostraron a la población del Callao la avanzada de la escuadra corsaria que penetraba audazmente en la bahía. "La Trinidad", "El Halcón" y el "Hércules" avanzaban

apuntando toda su artillería contra las fortalezas de la ciudad.

La empresa concebida por el Comodoro y su "segundo" era descabellada: silenciar la artillería del fuerte para intentar un desembarco sorpresivo y asaltar la ciudad.

Pero estaba previsto que la Divina Providencia no iba a consentir tamaña locura, y la fuerte bajamar que sacude la bahía, hace comprender a Brown del peligro de quedar varado frente al fuego de las fortalezas.

Viendo la inutilidad de la empresa y temiendo ser embotellados en el puerto por cuatro navíos de guerra que el día anterior han avistado navegando en conserva rumbo al Callao, decide Brown suspender la aventura y a tal efecto ordena retroceder, tras vomitar los cañones de sus naves contra la ciudad otra terrible lluvia de metralla y rojas balas que provoca varios incendios y a cuyo estampido huye atemorizada la población ante la audacia de los corsarios argentinos.

Dos días permanece la escuadra patriota acechando la presa del Callao, el Comodoro echa chispas contra el mar, que no le permite realizar el temerario plan...

Los españoles estaban por otra parte avisados por los prófugos de la isla de San Lorenzo, lo que contribuye a desbaratar el plan de Brown y Burchardo, y por eso la vigorosa resistencia ofrecida, lo que le costó a los corsarios 35 hombres muertos y seis heridos, casi todos ellos en el abordaje y hundimiento de la fragata "Fuente Hermosa" echada a pique por los patriotas a la entrada de la bahía.

VI

GUAYAQUIL

DESPUES del infructuoso ataque al Callao, Brown y Buchardo bloquearon con sus naves la entrada de la bahía por espacio de quince días, pero al fin comprendieron la inutilidad de ese crucero, ya que las naves enemigas estaban encerradas en el puerto bajo la protección de los cañones de los fuertes; resolvieron de común acuerdo un ataque combinado por mar y tierra a Guayaquil, rica ciudad española en el Ecuador.

Pero serias desavenencias habían surgido entre ambos corsarios al margen de los últimos triunfos sobre el enemigo, y tanto Brown como Buchardo se juzgaban recíprocamente dignos de la horca, lo que empero no fué óbice para planear el ataque contra Guayaquil.

El 8 de febrero de 1816 las naves argentinas se avistaban frente a la ciudad y esa misma noche resolvieron atacarla por sorpresa (10).

Guayaquil estaba defendida por una batería situada en la Punta de las Piedras, artillada con piezas de a 24 y 28, habiéndose comprometido Buchardo con la gente de su mando a apoderarse de ese reducto fortificado.

Al caer la noche el "Hércules", el "Halcón" y las presas mayores fondearon frente a la isla de la Puna, a la entrada de la bahía, y mientras Buchardo con la guarnición del "Halcón" — en su totalidad voluntarios del regimiento de "Patrios" — se dirigían en botes y lanchas sigilosamente hacia la batería de Punta de las Piedras, Brown con la "Trinidad", que era la nave de menos calado de la flota, penetraba en un riacho que se internaba tierra adentro y en cuyas márgenes estaba situada la planta urbana de la ciudad. Desde esa situación Brown debía apoyar la acción terrestre de Buchardo con el fuego de los cañones de la "Trinidad".

A la hora convenida se hicieron las señales con cohetes y Buchardo y sus bandas al grito de: "Viva la Patria", se lanzaron al ataque de la forta-

leza, donde se trabó un sangriento combate a arma blanca entre atacantes y atacados.

Al cabo de media hora de terrible lucha los patriotas se apoderaron del reducto, y el voluntario del tercio de "Patricios", Carlos Martínez, fué el primero en escalar la torre y abatiendo el estandarte realista colocó en su lugar la bandera argentina (11).

Simultáneamente al ataque de la batería, Brown abría un violento fuego de artillería contra la aduana y barrios adyacentes de Guayaquil, despertando sobresaltada a la población, que huía tierra adentro con sus tesoros para salvarlos de la rapiña de los corsarios.

El Gobernador interino de la plaza (12) ordenaba a todo evento evacuar la ciudad, ya que el audaz ataque patriota lo había desconcertado y creía que era mayor el número de los atacantes.

Pero la bajamar dejó varada en un banco de limo a la "Trinidad" cuyos cañones perdieron eficacia y al darse cuenta de ello los defensores de una batería armada con piezas de a 24 y que protegía la aduana, y que estaban en trance de abandonar, volvieron a ocupar las piezas y concentraron to-

dos sus fuegos contra la nave inmóvil que comenzó a desmantelarse.

Ello no arredró al bravó irlandés que seguía ordenando impertérrito hacer fuego a sus artilleros, convirtiendo a la nave en un volcán en erupción que se cubría de fuego y hierro a cada andanada que disparaba o que recibía.

Buchardo, ignorante de la suerte adversa de Brown, se disponía con el alba a lanzarse al asalto de la ciudad despavorida.

A bordo de "La Trinidad" el espectáculo era dantesco; la cubierta estaba llena de heridos y cadáveres horriblemente mutilados por la metralla enemiga.

El velamen ardiendo se venía abajo con sordo fragor, la mitad de los cañones de la nave estaban desmontados por las granadas realistas y los artilleros muertos con las mechas aún humeantes apretadas en sus crispadas manos.

En mitad de la cubierta que barría implacable el fuego de los españoles y en mitad de ráfagas de hierro y balas, el Almirante Brown con su sable de abordaje en una mano y una mecha encendida en la otra, disparaba sin cesar las piezas que cargaban los moribundos artilleros; en todas partes estaba su



El velamen ardiendo se venía abajo con sordo fragor.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

hercúlea figura animando a su gente, parecía el dios de la guerra en mitad del torbellino de la muerte.

En ese instante una granada cayó sobre una caja de pólvora situada a pocos pasos del Almirante y la explosión de la misma arrancó a pedazos el uniforme de Brown, que quedó semidesnudo.

Los realistas mientras tanto con unos botes llegaron al abordaje de la nave patriota y tomándola por asalto comenzaron con inusitado salvajismo a degollar y ultimar bárbaramente a heridos y moribundos.

Brown, herido en un brazo, se defendía como un león en el castillo de proa de la nave donde se había atrincherado con los sobrevivientes de la matanza y viendo aquella carnicería bárbara que con su gente hacían los españoles y que su resistencia provocaba, ordenó izar la bandera de parlamento.

Ello, empero, no detuvo al enemigo, que continuó su implacable degollina, lo que exasperó a Brown, que ciego de ira e impotencia, se lanzó con una mecha encendida hacia la santabárbara, amenazando a los españoles hacerlos volar junto con el barco si no cesaban al instante la cruel matanza de heridos.

La actitud del Almirante contuvo a los sanguinarios españoles, los que rodeando a Brown le intimaron la rendición.

El Almirante arrió la bandera azul y blanca y como estaba desnudo se envolvió en sus pliegues y así fué bajado a tierra con sus bravos marinos y entre un piquete de soldados armados fué conducido por las calles de Guayaquil, cuya población, no repuesta aún del susto, miraba con cierto terror supersticioso a aquel prisionero que marchaba altivo hacia la prisión envuelto en una bandera y que una hora antes hacía temblar la ciudad con el estrépito de sus cañones.

Con la llegada del día se enteró Buchardo de la prisión de Brown, ordenando a su gente reembarcarse en los botes y volver a bordo del "Halcón" mientras que dejaba en la fortaleza una prudente guarnición del "Hércules".

Levantó anclas con ambas naves y aprovechando la pleamar favorable se internó resuelto por el río antes citado y desde allí envió un parlamentario al Gobernador de la plaza dándole una hora para que le entregara los prisioneros, de lo contrario destruiría la ciudad a cañonazos y la incendiaría.

Comprendiendo el Gobernador que los corsarios no retrocederían ante nada y temiendo un levantamiento de la población instigada ya por los agentes secretos de San Martín y Bolívar, accedió al pedido y deseo de Buchardo, celebrando con éste un convenio por el que liberaba a Brown y a su gente y entregaba además una importante suma de dinero en barras de oro a los corsarios. De esta forma recuperó su libertad el Almirante y Guayaquil perdió una magnífica oportunidad para sacudir el yugo realista.

A raíz del audaz golpe de mano de Buchardo con el que consiguió rescatar a Brown, estalló con más fuerza que nunca la rivalidad entre ambos bravos, y una vez levantado el bloqueo de Guayaquil, resolvieron separarse repartiéndose el botín obtenido en el crucero, de acuerdo a lo estipulado en la isla de la Mocha.

A tal efecto se dirigió la flota corsaria al archipiélago de los Galápagos, otrora refugio de piratas, y allí sortearon las presas y tesoros adquiridos en el raid (13).

El reparto del botín se hizo a la usanza de los bucaneros, amigablemente como cuadraba a "hermanos de la costa" y en medio de las tripulacio-

nes reunidas en la playa en derredor de sus jefes, quienes hicieron desfondar en su obsequio varias pipas de ron...

El cuadro tenía la reciedumbre y el vigor de esas aguafuertes que pintan a Henry Morgan y al terrible Pedro Nau (a) "El Olonés" subastando y repartiendo el producto de sus correrías, en la época en que piratas y filibusteros infectaban las aguas de todos los mares del mundo.

Echada la suerte por medio de barajas a Brown le correspondió el "Halcón" y treinta mil libras en plata y oro; Buchardo se quedó con la hermosa y guerrera fragata, "Consecuencia", adjudicándose para él y su tripulación rico botín en barras y onzas de oro, vajilla de plata y piedras preciosas desmontadas de las joyas. Fué un reparto corsario hecho con todas las reglas de los bucaneros.

Buchardo trasladó su gente a bordo de la "Consecuencia", la que fué solemnemente bautizada "La Argentina", enarboló en ella su insignia y a todo trapo levó anclas de los Galápagos rumbo a Buenos Aires, en medio del estampido de los cañones y de los hurras de la gente de Brown, que aún en la playa del famoso archipiélago pi-

rata daban fin a los últimos barriles de ron en un brindis de despedida a sus ex compañeros de curso.

En esta forma se separaron Brown y Buchardo. los temibles hombres que de haber continuado unidos, amargas horas de llanto y desolación hubieran deparado a las poblaciones españolas de las costas del Pacífico.

Buchardo al dirigirse al Río de la Plata pensaba dar cuerpo a un proyecto que tiempo ha venía acariciando...

VII

EL CORSARIO "LA ARGENTINA"

UNA luminosa mañana de marzo de 1817, el cañón de la fortaleza de Buenos Aires anunciaba la entrada al puerto de una nave de guerra con la insignia patria al tope. Era la fragata "La Argentina" que ese amanecer el vigía de la estación de la Ensenada había avistado navegando con todo el trapo desplegado.

Una gran muchedumbre aguardaba en el puerto la entrada de la nave y al desembarcar de una ballenera Buchardo el pueblo prorrumpió en atronadoras manifestaciones de júbilo al constatar la procedencia de la presa y al enterarse del feliz raid corsario por aguas del Pacífico.

Una comisión de armadores y prácticos del gobierno, tras una prolija inspección, la declararon

“buena presa” y apta para incorporarla al servicio regular del curso declarado en noviembre del año anterior.

Vivía a la sazón en Buenos Aires un acaudalado abogado llamado Vicente Anastasio Echevarría, quien deseando descansar un tanto de la monótona tarea del foro, quiso a la par tentar fortuna en una empresa corsaria y como ardiente patriota que era, entró en comunicación con Hipólito Buchardo para ser él quien le facilitara el dinero necesario para armarla con eficacia para un largo raid.

Asociado en esta forma a Buchardo ambos se entregaron de lleno a la tarea de colocar la nave en condiciones de emprender cuanto antes el crucero.

Obtenida la patente de corsario, el Gobierno dispuso que el arsenal del Estado entregara a Buchardo el armamento necesario y demás implementos para avituallar la nave.

El oficio del Gobierno ordenando tal providencia está concebido en la siguiente forma:

“Relación de armas, municiones y demás pertrechos de guerra, mandados entregar por el Gobierno en decreto de 16 de abril último para ha-

bilitación del Corsario, Fragata "La Argentina":	
Cañones de bronce largos de a 8	2
Cañones de bronce de a 8	2
Cañones de fierro de a 8	6
Carronadas de fierro de a 12	12
Fusiles	126
Pares de pistolas	30
Sables de abordaje	125
Lanzas montadas	60
Cananas o cartucheras	60
Caxas de guerra	1
Cartuchos de fusil	6000
Cartuchos de pólvora de cañón de a 8	300
La cantidad de 600 tiros de pólvora para ca- ñones de a 8 en barriles	600
Balas de a 8	300
Metrallas de a 8 en tarros	300
Cartuchos de pólvora para carronadas de a 12	200
La cantidad de pólvora para 600 tiros de ca- rronadas de a 12 en barra	600
Cartuchos vacíos para cañones de a 8	600
Cartuchos vacíos para carronadas de a 12 ..	600
Balas de a 12	800
Tarros de metralla de a 12	800
Atacadores de a 8 con sus lanadas	18

Sacatrapos de a 8	9
Cucharas de a 8	9
Atacadores y lanadas para carronadas de a 12	16
Cucharas de a 12	8
Sacatrapos de a 12	8
Chifles con sus dos agujas cada uno	36
Agujas de repuesto	48
Estopines	500
Pies de cabra	36
Espeques	36
Palanquetas de a 8	200
Rascadores de a 8	3
Rascadores de a 12	1
Cazerinas o estopineras	36
Botafuegos	36
Dos calibres de balas, uno de a 8 y otro de a 12	2
Quintales de mecha	4
Lanza-fuegos	48
Cohetes voladores	72
Guarda cartuchos de a 12	16
Guarda cartuchos de a 8	18
Guarda mechas de lata	4
Linternas para santabárbara	4
Caxas para granaderos de mano	2

Frasqueras de fuego	2
Pedreros de una libra	6
Esmeriles	6
Grapin de abordaje	2

“Y respecto a las disposiciones de ordenanza, digo yo el abajo firmado, que siempre que concluído su curso la expresada fragata Argentina, no devolviere a su armador y dueño doctor D. Vicente Anastasio Echevarría, de este vecindario, todos los útiles, armas y pertrechos de guerra contenidos en la antecedente relación, y las municiones que le quedaren de la campaña con suficiente justificación de haberse consumido en acciones de guerra, o su respectivo valor, a justa y prudente tasación; lo verificaré yo sin pleito alguno, como su fiador que me constituyo, a la sola constancia de haber sido requerido, y no haberlo executado, obligando a este efecto todos mis bienes habidos y por haber. Buenos Ayres, mayo 30 de 1817.

Juan José de Sarratea.”

* * *

Como se ve por la antecedente relación, Bu-

chardo armó su nave con la colaboración del armador Echevarría y por quien salió fiador ante el Gobierno D. Juan José de Sarratea de destacada actuación en el movimiento revolucionario de 1810.

Obtenido el armamento Buchardo se dedicó a reclutar la tripulación para la fragata teniendo especial cuidado en enrolar gente marinera y aguerrida y eficaz para la empresa a acometer.

La fragata desplazaba un porte de 677 toneladas, y sus cuarenta y dos cañones fueron distribuidos en dos baterías — alta y baja — quedando montados en bodega cuatro piezas, siendo utilizadas dos de éstas para desembarco.

La tripulación total de la nave era de 250 hombres; 125 hombres de infantería reclutados todos en Buenos Aires fueron puestos a las órdenes del capitán José María Piris, natural de Montevideo.

En calidad de grumete fué enganchado Tomás Espora, que a la sazón tenía 19 años y que más tarde a las órdenes de Brown adquiriera inmortal celebridad.

Era capitán de bandera a bordo el teniente inglés Nathan Somers, y primer teniente fué nombrado William Shipsi, que había servido en la ma-

rina británica. Completaban el estado mayor los oficiales Daniel Oliver, Pedro Cornet, John van Burgen, Luis Greyssac, Juan Harris, Miguel Borgen, Carlos Douglas y Jorge Miller, llevando además en calidad de pilotines a sus cuñados Agustín y Cayetano Merlo, hermanos de su esposa (14).

Iba también a bordo de "La Argentina" en calidad de grumete Julián Manrique que posteriormente en unas memorias manuscritas historió el crucero. Como médico a bordo iba el Dr. Bernardo Copacabana.

Aparejada ya la nave y lista para zarpar permanecía aún amarrada en el puerto de Buenos Aires, y en la noche del 26 de junio de 1817, estalló a bordo de "La Argentina" un sangriento motín promovido por parte de la tripulación que atacó con picas y sables a la oficialidad.

El autor de la sublevación fué un marinero correntino llamado Celestino Flecha, que logró sobornar al dispensero y obtuvo de éste una pipa de ron que empezó a distribuir entre sus compañeros, la mayoría ingleses y norteamericanos.

Pronto el alcohol se les subió a la cabeza y algunos comenzaron a comentar en voz alta las mezquinas condiciones de paga en que habían sido en-

ganchados a bordo; pronto la disputa a que dió lugar la protesta degeneró en violentos altercados y los marineros borrachos se fueron a las armas, lo que motivó la intervención de varios oficiales y del contramaestre, contra los que se volvieron los amotinados atacándolos con las armas.

El teniente Somers asumió rápidamente la defensa, y con un pelotón de hombres atacó a los revoltosos que se habían refugiado en el entrepuente en cuya batería se trabó un sangriento combate; al fin el teniente Somers dominó la situación, comprobando que dos marineros habían resultado muertos y otros cuatro gravemente heridos.

Los cadáveres fueron arrojados al agua y los heridos y el cabecilla transportados a bordo de la fragata inglesa "Andrómaca", que se hallaba también fondeada en el puerto, en cuya sentina los amotinados fueron puestos en la barra de grillos (15).

Al día siguiente, 27 de junio, tras lanzar el cañonazo de leva y al grito de: "Viva la Patria"... lanzado por toda la tripulación ubicada en las vergas, y mientras se lanzaba al viento al tope del mástil la bandera argentina, levaba anclas la

fragata y se dirigía a la Ensenada de Barragán, donde debía de fondear unos días aguardando las últimas órdenes del Gobierno de las Provincias Unidas.

VIII

LA RUTA DE FILIPINAS

DESPUES de permanecer al paio en la ensenada de Barragán, durante diez días, la fragata "La Argentina" levó anclas el día 9 de julio, fecha del primer aniversario de la solemne declaración de la Independencia de las Provincias Unidas.

Buchardo ordenó poner proa al sud para sortear el Cabo de Buena Esperanza y enfilear por aguas del Pacífico la ruta de Filipinas, donde pensaba comenzar sus hostilidades al enemigo atacando las naves mercantes de la compañía naviera Filipina.

A los veinte días de navegación y en mitad de la noche, estalló a bordo de la fragata un inexplicable incendio el que originado en el entrepuen-

te, pronto se propagó al velamen del palo mayor, amenazando destruir toda la arboladura, pero la rápida y enérgica intervención de la tripulación conjuró el peligro y el fuego fué sofocado, dándose luego a la tarea de cambiar el palo de mesana y algunas velas que el siniestro había dañado.

Al doblar el Cabo de Hornos la fragata tuvo que soportar una terrible tempestad que por momentos puso en peligro la estabilidad de la nave, la que de no haber sido buena marinera hubiera sucumbido ante los embates de los elementos desencadenados con furia inaudita.

Tras un crucero penoso de dos meses por aguas del Océano Indico, el 4 de septiembre "La Argentina" avistaba tierras de Madagascar, y ese mismo día fondeaba en la bahía de Tamatawa, principal ciudad y puerto del archipiélago.

Ni bien hubo desembarcado Buchardo con parte de la oficialidad, se le apersonó un oficial inglés que comandaba la base naval británica de Tamatawa, quien pidió a Buchardo que evitara el embarque de un importante cargamento de esclavos que pretendían efectuar unos navíos negros de bandera holandesa, surtos en el puerto,

Buchardo, que ansiaba demostrar al mundo las ansias libertarias que se anidaban en los pechos de los marinos argentinos, dió formal promesa al oficial inglés que no consentiría en tamaña iniquidad, y durante ocho días tuvo bajo la boca de los cañones de su nave a los navíos negreros, hasta que fué relevado en su posición vigilante por la corbeta inglesa "Conway".

A partir de entonces persiguió tenazmente en su crucero el infame tráfico de carne humana, ordenando que todos los capitanes de naves negreras que capturaba fuesen ahorcados, y poniendo en libertad a los esclavos hundía a cañonazos las naves. Este rasgo de humanidad le trajo aparejado a nuestro corsario no pocos disgustos, y en más de una ocasión se vió obligado a sostener verdaderos combates con buques negreros, algunos de los cuales iban notablemente armados, pero nada arredraba a Buchardo cuando estaba de por medio la razón, la justicia y la libertad.

A principios de octubre "La Argentina" abandonó su fondeadero en Tamatawa, donde se había aprovisionado de víveres frescos y agua, y consecuente con su plan de hostilizar las naves ene-

migas en la ruta de Filipinas enfiló proa hacia aquellas latitudes.

Pero el capitán de una fragata norteamericana que halló en su ruta le comunicó a Buchardo, que escaseaban por allí las naves mercantes españolas en virtud de la tenaz persecución de que eran objeto por los corsarios americanos, y que las que se aventuraban sólo lo hacían navegando en convoyes y patrulladas por numerosas naves de guerra.

Esta noticia hizo variar el derrotero del corsario argentino que resolvió dirigirse al estrecho de Sonda que separa las islas de Sumatra y Java en el archipiélago asiático, y en los primeros días de noviembre fondeaba nuestra fragata en la Isla Nueva.

En estado de verdadero debilitamiento arribó la tripulación corsaria a ese punto; pues la última etapa de su derrotero se había hecho en pésimas condiciones, horrorosas casi diríamos; las malas condiciones higiénicas a bordo de la fragata, la falta de agua potable y víveres frescos, trajeron aparejados la aparición del terrible mal que azota los mares: El *escorbuto*, y más de cuarenta hombres de la tripulación perecieron atacados de

este mal incurable, siendo sepultados en el mar envueltos en un trozo de vela y con una bala de cañón a los pies.

Esta dolorosa ceremonia que se repetía a diario a bordo del buque corsario, tenía contritos a aquellos valientes lobos de mar, y el recuerdo de la patria lejana asaltaba a todos por igual, allá en aquellas lejanas latitudes donde no había más signo del querido terruño que la bicolor bandera de Belgrano.

Parte de la tripulación en estado sumo de debilidad fué desembarcada y colocados en un hospital que Buchardo hizo construir en la playa. El doctor Copacabana para tratar de salvar a muchos atacados de escorbuto, hizo que se les aplicara la terapéutica de los oriundos de esos mares, a saber: El enfermo era enterrado hasta el cuello en la arena de la playa y allí debía permanecer por espacio de tres días; ese rudimentario procedimiento dió en algunos favorables resultados, pues varios sanaron, en cambio otros quedaron sepultados en las propias fosas en que esperaban hallar la salvación... (16).

Repuesta la tripulación un tanto de los descalabros sufridos a consecuencia del "escorbuto" y

después de hacer nueva aguada y abastecerse de víveres frescos, Bucharado ordenó zarpar enfilando "La Argentina" por el estrecho de Macasar, donde el día 7 de diciembre la fragata se vió detenida por una súbita calma que hacía que la nave no avanzara un metro por más velamen que se desplegó.

Estas calmas son frecuentes en los mares del trópico y era una verdadera desesperación para los navegantes a velas de aquella época; ello empero no era temido por las embarcaciones de los habitantes de esas latitudes oriundos de las islas Celebes y Borneo, ya que sus embarcaciones son impelidas a velas y remos.

Al promediar el día, el vigía del palo mayor dió la voz de alerta, pues desde su puesto de observación había descubierto cinco pequeñas naves que al impulso de vigorosos remos trataban de acercarse a la fragata corsaria.

Eran cinco embarcaciones que los malayos llaman "*prahos*" (proas), que llevan velas hechas con junco trenzado y es accionada en su andar por una fila de remeros a babor y estribor. En sus proas llevan una pieza de artillería, que tanto puede ser un mortero como una antigua cule-

brina. Estas naves existen aún en los mares de la Malasia, y en la época de nuestro relato había algunas notablemente armadas que tripulaban los piratas y con las que asaltaban toda clase de barcos mercantes y aun navíos de guerra.

Buchardo desde el puente de mando de "La Argentina" seguía el trayecto de los "prahos" con su catalejo, y así distinguió que uno de ellos, más veloz que los restantes, se separaba del grupo y velozmente iba al encuentro de la nave patriota que confundió con una mercante.

A un tiro de fusil de nuestra fragata el "praho" enarboló la negra bandera de la piratería con su emblema de un cráneo y dos tibias cruzadas que significaba lucha a muerte.

Ya cerca de la fragata, disparó el "praho" un primer cañonazo sobre la cubierta de la nave patriota, cuyo proyectil pasó silbando entre las jarcias de "La Argentina", la que la calma aplastante mantenía al paio.

Buchardo ya no dudó de las intenciones del "praho", y ordenó a Somers que se preparara para repeler el audaz ataque.

Un segundo cañonazo de los piratas fué disparado a menos de cincuenta metros de la nave ar-

gentina, y la granada mató a uno de los gavieros, y cuando todas las piezas de estribor de "La Argentina" contestaron la insolencia de los atacantes, ya el praho estaba fuera del alcance eficaz de los cañones corsarios, y los malayos embistieron violentamente con su embarcación a la argentina, lanzando de inmediato feroces alaridos y disponiéndose al abordaje.

Pero el teniente Somers había ido más rápidamente, y así que la cubierta del praho estuvo cerca de la fragata, ordenó arrojar los garfios de abordaje y seguido de Greyssac y cincuenta hombres armados de sables y picas se lanzó sobre el praho acuchillando a los piratas que no esperaban tal reacción.

Se trabó entonces un sangriento combate a bordo del buque pirata y en el primer choque cayeron una treintena de éstos y resultaron heridos los tenientes Somers y Greyssac, el contramaestre, y muertos siete marineros corsarios. Empero el combate arreció a las estentóreas voces de mando de Buchardo que sobre la borda de su nave dirigía el combate espada en mano y a los quince minutos los piratas comenzaron a replegarse des-

ordenadamente arrollados por los corsarios que hacían terrible escarmiento en ellos.

Un instante más y la acción estaba perdida para los malayos, cuyo capitán al verse derrotado se dió con su propio "*kriss*" dos puñaladas en el pecho antes de arrojarse al agua, acción que imitaron muchos piratas más, quienes al grito de: "Alá... Alá"... se inmolaban ellos mismos (17).

Los demás fueron tomados prisioneros y amarrados con cables y cordeles fueron encerrados en la bodega del praho hasta decidir su suerte; mientras que las otras cuatro embarcaciones piratas, no atreviéndose a entrar en combate, huían velozmente perdiéndose en el horizonte.

Al caer la tarde, tras sepultar Buchardo a los muertos, reunió a sus oficiales en consejo de guerra para juzgar a los piratas prisioneros y atentos a la circunstancia de que quince días atrás habían ya atacado a un navío portugués, al que luego de saquear habían asesinado a todos sus tripulantes, el consejo de guerra condenó a muerte a los prisioneros.

La sentencia se cumplió en seguida. Un oficial se trasladó a bordo del praho con varios marineros y dos carpinteros armados de hachas y tras

seleccionar entre los prisioneros a veinticuatro hombres jóvenes para hacerlos servir a bordo de la nave corsaria como marineros, los carpinteros procedieron a abrir dos grandes rumbos en la quilla del praho el que comenzó a anegarse.

Trasladados a bordo de "La Argentina" los prisioneros, Buchardo hizo enfilear sobre el praho todas las piezas de la batería de proa, y mientras el trompa de a bordo hacía vibrar en el clarín un toque fúnebre y la bandera argentina era lentamente izada en su mástil, ordenó hacer fuego y la nave pirata alcanzada por la andanada de la artillería corsaria se hundía rápidamente en las aguas con su carga de prisioneros que lanzaban terribles y desesperados gritos de: "Alá... Alá"...

En esta forma castigó el bravo corsario argentino a aquellos piratas que no respetaban las leyes humanas, así como tiempos atrás castigaba a los negreros que no respetaban las leyes de Dios.

Y era que en el sentir romántico del heroico corsario, no concebía nada que atentase con los más elementales derechos del hombre: ¡El respeto y la libertad!

IX

BLOQUEO DE MANILA Y ATAQUE A SANTA CRUZ

AL comenzar el año 1818 la fama del corsario Bucharde estaba en boca de los habitantes de todos los puertos del mundo, y en las tabernas y figones marineros su nombre era pronunciado con respeto y hasta con cierto terror supersticioso.

“La Argentina” se había convertido en el azote de los mares y sus ciudades vecinas y en todo el vasto archipiélago de Filipinas su aparición producía el desconcierto y aún el terror en habitantes y soldados de las guarniciones de las ciudades costeras.

Después de su combate con los piratas de la

Malasia, Buchardo se había dirigido por el mar Celebes a Mindanao, donde se reabasteció de víveres no sin ciertas precauciones, pues esos parajes estaban infestados de piratas que ansiaban vengarse de la terrible lección del estrecho de Macasar.

Avituallada su nave, el corsario hizo norte hacia Luzón, principal isla del archipiélago y centro del poder comercial y marítimo de los españoles en Manila.

El día 7 de enero audazmente "La Argentina" se avistó ante la población de Manila, la que asustada trató de ponerse bajo el amparo de los cañones de los navíos de guerra "San Fernando" y "Rosel" que se hallaban fondeados en el puerto y que pese a constituir una regular fuerza armada no se atrevieron a abandonar su fondeadero y empeñar combate con el corsario argentino, cuyas legendarias hazañas conocían.

Buchardo se concretó a bloquear Manila durante dos meses y en ese ínterin atacó y echó a pique a cañonazos a dieciséis navíos mercantes, todos ricamente cargados de metales preciosos y esencias, mercancías estas que iban siendo almacenadas en la estiba de nuestra fragata. El blo-

queo hizo que pronto escasearan los víveres en Luzón, cuya población se vió obligada y reducida a alimentarse a arroz y agua.

Dominado en esta forma el archipiélago y el estrecho de Manila, Buchardo trasladó su crucero de depredación hasta el norte de la isla, yendo a ubicarse en el canal de los Galeones, y el 9 de abril estando nuestra fragata en aquellas aguas detenida por una súbita calma, el vigía descubrió las velas de un bergantín que armado en guerra y con el estandarte real, trataba de llegar a Manila procedente de las islas Marianas.

Al descubrir al buque corsario y no atreviéndose a empeñar con él combate, aprovechó su poco calado y largando todo el trapo huyó del alcance del corsario, yendo a refugiarse en el puerto de Santa Cruz, cuya población al saber de la proximidad de los temidos corsarios, armó varias baterías en la costa bajo cuyos fuegos se refugió el bergantín.

Buchardo pese a ello decidió apoderarse por la fuerza de la nave y resolvió atacarla en el mismo puerto y bajo las baterías de Santa Cruz.

Resolvió tomarlo durante la noche al abordaje y para ello hizo alistar tres lanchones de desem-

barco con dos pedreros y esmeriles ubicados en la proa de los mismos; embarcáronse en ellos ochenta hombres elegidos, armados de sables de abordaje y confió el mando de las lanchas a los tenientes Greyssac, Van Borgen y Somers, los que partieron sigilosamente al ataque del navío.

Somers, que montaba el lanchón mejor armado y tripulado, llevado por su arrojo, cometió la imprudencia de adelantarse a sus compañeros de expedición que quedaron rezagados, y sin meditar las consecuencias quiso empeñar solo el combate; pero el enemigo, antes que los pedreros corsarios entraran en acción, hicieron jugar su superior artillería y el lanchón comenzó a ser barrido por ráfagas de metralla que mató a varios hombres. Somers no se arredró y colocándose al lado del buque español se aprestó al abordaje, pero un certero disparo enemigo alcanzó en mitad al bote, que comenzó a hundirse, viéndose obligados los corsarios a abandonar las armas para tratar de salvarse a nado en el propio bergantín español, pero sus tripulantes recibían a bayonetazos a cuantos buscaban asilo en el buque. Así murieron el teniente Somers y catorce compañeros de aventura, consiguiendo los restantes ser recogidos por

los botes de Greyssac y Van Borgen, quienes regresaron a bordo de "La Argentina" comunicando a Buchardo la triste novedad.

Terrible indignación produjo en el corsario lo ocurrido, y dispuesto a apoderarse en cualquier forma del bergantín, levó anclas y en una pequeña ensenada distante seis leguas de Santa Cruz se apoderó de una pequeña goleta, la armó con una carronada de a doce y cuatro pedreros y haciéndola tripular por treinta y cinco hombres la puso al mando del teniente Greyssac, quien se dirigió de nuevo a Santa Cruz para tomar a viva fuerza al navío español, cuya tripulación al ver regresar a los corsarios, abandonaron el buque y huyeron a tierra donde unos doscientos soldados de la guarnición, montaban rápidamente varias baterías para oponerse al desembarco de los corsarios.

Apoderado Greyssac del bergantín le hizo remolcar hasta la fragata de cuya tripulación Buchardo extrajo la necesaria para que tripulara a la presa que destinó a reforzar el crucero.

Ese mismo día Buchardo resolvió abandonar aquellos lugares y aprovechando la marea alta penetró nuevamente en el puerto de Santa Cruz y

enfilando toda su artillería contra la ciudad, por espacio de media hora cubrió a ésta de fuego y metralla. Cuando se retiró de aquellas aguas funestas para su gente, todo el puerto y parte de la ciudad quedaba reducida a escombros, mientras que un violento incendio se desencadenaba sobre la desgraciada ciudad de Santa Cruz que caro tuvo que pagar la derrota corsaria del día anterior.

De paso por Luzón apresó a su salida a una goleta portadora de caudales y joyas destinadas al Rey de España, y haciéndola tripular la sumó a la presa capturada en Santa Cruz; pero una furiosa tempestad separó a la goleta del resto de la escuadrilla corsaria y ya no tuvo Buchar-do más noticias de ella. Esperó durante cinco días su regreso y no habiendo ocurrido este, se dirigió "La Argentina" al puerto de San Ildefonso, donde había dado cita al bergantín, pero transcurrieron ocho largos días y tampoco éste apareció. Buchar-do no dudó que ambas naves habían naufragado pereciendo sus tripulaciones, lo que significaba la pérdida de la mitad de sus hombres y de las dos valiosas presas del crucero. A pesar de tantos contrastes el ánimo y el temple del corsario no des-

mayó y animando a su brava gente se dirigió a Cantón, nuevo refugio de los navíos de la Compañía de Filipinas, que habían interrumpido su tráfico por el camino de Acapulco a San Blas, temerosos de encontrarse con el terrible corsario argentino.

Pero la penosa navegación y la nueva aparición a bordo del *escorbuto* que diezmó aún más su tripulación, obligó a BucharDO a abandonar su empresa que intentaba en los mares de la China y a dirigirse a las Islas de Sandwich en Hawai.

El 17 de agosto de 1818 "La Argentina" navegaba en aguas del archipiélago, y al día siguiente fondeaba en la bahía de Karakakowa, capital del reino donde tenía su asiento el célebre monarca Kameha-Meha 1º.

Gran sorpresa produjo a BucharDO encontrar en el puerto a un navío de guerra completamente desmantelado y con las portas de los cañones vacías, comprobando después que la artillería se hallaba desmontada en la playa. Aquella nave no era otra que la corbeta "Santa Rosa" capturada por Brown en su crucero del Pacífico, y que bautizada luego con el nombre de "Chacabuco" había sido armada en corso por el gobierno argentino.

DIPLOMACIA DE BUCHARDO

TERRIBLE fué la indignación de BucharDO cuando se enteró de que la tripulación de "La Chacabuco" se había sublevado y que la nave había sido mal vendida al monarca de Sandwich. En efecto.

El buque había sido puesto bajo el pabellón argentino y armado en corso se le había confiado al capitán Turner, pero la tripulación encabezada por el marinero inglés apellidado Griffiths, se había amotinado aprovechando para ello un supuesto zafarrancho de combate, que habían convenido con el vigía, quien dió la voz falsa de alerta de haber avistado un navío enemigo, y en esta forma cuando cada hombre estuvo con las armas en su mano se volvieron contra el capitán Turner y

los oficiales a quienes tomaron presos. El capitán dió orden a su segundo teniente Coran, de que hiciese volar la santabárbara con toda la canalla que allí había, pero antes que éste pudiera cumplir la orden de su comandante, fué aprisionado y cargado de grillos por los amotinados, quienes tras desembarcar en Valparaíso a la oficialidad, dieron el mando del buque a un tal Mac Donald, zarpando la nave y cometiendo toda clase de piraterías en las costas de Chile y Perú.

Enterados de que el almirante chileno Cochrane había despachado en su persecución un navío de su escuadra con orden de capturarlos y ahorcarlos a todos, los amotinados se dirigieron a la isla de Sandwich donde ofrecieron la nave en venta al Rey Kameha-Meha, quien deseando reforzar su poder naval, adquirió la nave pirata por dos pipas de ron y seiscientos quintales de sándalo. Parte de los amotinados quedáronse a vivir en las diferentes islas del reino citado; otros fletaron un barco y se embarcaron para Cantón, y otros que a bordo de una fragata americana intentaban huir de Karakakowa, fueron capturados por Buchardo, quien los cargó de grillos y los cerró en la sentina de su fragata.

Dispuesto a lavar el corsario aquella afrenta al pabellón argentino ultrajado por los actos de piratería de los amotinados de la "Chacabuco", resolvió reclamar ante el Rey de Sandwich la nave, por considerarla propiedad de una nación independiente y reos de traición a sus tripulantes.

Acompañado de varios de sus oficiales Buchar-do se dirigió al palacio del Rey Kameha-Meha I, distante seis leguas hacia el interior de la isla capital del reino.

Kameha-Meha, rodeado de gran séquito y esplendor y vistiendo un brillante uniforme de capitán de la marina británica, dió la bienvenida a nuestro corsario por intermedio de un intérprete, que era un norteamericano que oficiaba de secretario del Rey Kameha-Meha.

Buchar-do comenzó manifestándole al rey de Hawai que era mensajero de una nación amiga, donde la libertad era un culto y que en nombre de esa nación sudamericana saludaba al ecuanime y justo Kameha-Meha I.

El discurso dicho con suma habilidad por nuestro corsario, produjo el efecto deseado en el rey-zuelo, quien halagado en su vanidad, se dispuso

escuchar a Buchardo en la reclamación que éste quería hacerle.

El corsario pidió antes que nada que le fuera devuelta la corbeta "Chacabuco" por pertenecer al gobierno de las Provincias Unidas, y exigía asimismo la entrega de los amotinados de la nave que se hallaban en sus dominios, para ser juzgados por un consejo de guerra y, de acuerdo a las leyes de su país, absueltos o condenados.

Kameha-Meha no se mostró muy satisfecho con la petición del corsario, pero el secretario americano, viendo el justo reclamo de Buchardo, se puso de su parte y puso en juego su influencia para convencer al soberano de Hawai.

Kameha-Meha aducía que había comprado la "Chacabuco" y que la manutención de los insurrectos en su territorio le habían ocasionado muchos gastos, a lo que contestó Buchardo que estaba dispuesto a pagar el precio del buque y los gastos de su tripulación.

Al término de una larga hora de discusión, el Rey Kameha-Meha comenzó a ceder, mostrándose dispuesto a llegar a un acuerdo amistoso con Buchardo, quien aprovechó la feliz circunstancia para suscribir con solemnidad un tratado entre el

Gobierno de las Provincias Unidas y el Rey de Sandwich, de "ayuda mutua para la paz, la guerra y el comercio", obligándose Kameha-Meha a reconocer la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, y a ayudar a todo buque de esa nación que al igual que la "Chacabuco" pudiese llegar a esas playas en demanda de ayuda; asimismo el monarca entregó varios naturales a Buchardo para completar las tripulaciones de sus naves.

El comandante Buchardo, para agradecer la buena voluntad de Kameha-Meha I^o, le regaló en señal de amistad un uniforme completo de Coronel de la marina argentina, una rica espada y arrancándose sus propias charreteras se las obsequió al soberano al igual que su bicornio marino.

En esta forma se selló un pacto de amistad con el Reino de Sandwich que fué la primera nación del globo que reconoció la independencia argentina, y ello fué obtenido merced a la sagacidad de Buchardo que con su hábil diplomacia conquistó al desconfiado y taimado Rey de Hawai.

Entregada "La Chacabuco", Buchardo se entregó a la tarea de ponerla en condiciones de incorporarla a su crucero, habiendo confiado el mando

de la misma al teniente Cornet, quien en ocho días dejó aparejada la nave para reiniciar la navegación y a cuyo tope con gran ceremonia fué nuevamente izada la bandera argentina en desagravio a lo que con ella habían hecho los sublevados.

Pero Buchardo deseaba aplicar ejemplar castigo a los cabecillas del motín, que aún no habíanle sido entregados, y en tal sentido volvió a insistir ante el rey Kameha-Meha; y éste, temiendo una represalia de Buchardo, a quien sabía dueño de casi cien bocas de fuego en sus naves que aún estaban en el puerto, hábilmente comunicó a Buchardo de que era necesario que partiera hacia otra isla situada unas leguas más al norte, donde le haría entrega de los víveres prometidos y de algunos de los amotinados. De esta forma quería alejar cuanto antes de la capital del reino al temible corsario, que comenzaba a impacientarse por la demora en la entrega de los prisioneros.

En esta forma ambas naves fueron a fondear en la isla de Morotoí y allí, fiel a su promesa, Kameha-Meha entregó los víveres a Buchardo y diecinueve amotinados por los que tuvo que pagar Buchardo un fuerte rescate, consignando lue-

go en sus memorias del crucero “que esos hombres le habían costado más caros que si los hubiese tenido que comprar como esclavos”.

En cuanto a los cabecillas del motín supo Buchardo que se habían refugiado en la isla de Atoy, fuera de los dominios de Kameha-Meha y que gobernaba un reyezuelo independiente, ante quien destacó como parlamentario al Capitán José María Piriz, quien se dirigió a bordo de una fragata norteamericana rumbo a la isla de Atoy, para exigir en nombre de Buchardo la entrega de los cabecillas del motín.

El navío norteamericano donde embarcó el Capitán Piriz, llevaba un cargamento de cañones en su bodega, y el capitán del barco ofreció esa carga en venta a Piriz, pero éste le manifestó que las naves corsarias estaban bien pertrechadas y con artillería eficaz, motivo por el cual declinaba la oferta. Este episodio tuvo luego funestas consecuencias para los corsarios argentinos, ya que el capitán del buque americano resultó ser un traidor que puso en peligro la estabilidad de la empresa de Buchardo. Pero de ello nos ocuparemos en su momento oportuno.

Después de la partida del emisario Piriz, las

naves de Buchardo se dirigieron a la isla de Waho, donde terminaron de abastecerse de víveres y desde ese punto hicieron rumbo al puerto de la isla Atoy donde fondearon el 1º de octubre.

La entrada al puerto estaba defendida por un fuerte de altas murallas y reductos coronados con piezas de artillería de a 24, y presos en la fortaleza se hallaban los cinco cabecillas del motín de la "Chacabuco", cuya entrega en forma hábil había obtenido el capitán Piriz del rey de la isla Atoy, quien se manifestó amigo de los argentinos.

De inmediato Buchardo convocó a su oficialidad a un consejo de guerra para juzgar a los reos del motín, y por unanimidad fué condenado a muerte el marinero Griffiths, por resultar el principal cabecilla de los piratas. Comunicada que le fué la sentencia fué puesto en capilla en una de las casamatas del fuerte para ser fusilado al siguiente amanecer.

Pero al día siguiente grande fué la sorpresa de Buchardo cuando al ir en busca del reo para ajusticiarlo, se enteró que durante la noche el rey de Atoy le había hecho escapar. Indignado el corsario, bajó a tierra a exigir la entrega del preso,

pero el reyezuelo se lo negó con extrema altanería.

Buchardo, resuelto a proceder con energía, despidióse del rey diciéndole que él sería el responsable de lo que pudiese acontecer, a lo que contestó el rey de Atoy: "Si las resultas se reducen a balazos, por cada tiro de su buque responderé con 24 de los míos, pues para eso son los cañones que tengo en mi fortaleza". (18)

Antes de alejarse Buchardo dió al rey un plazo de seis horas para que le entregase el prisionero; vencido el ultimatum procedería a viva fuerza.

XI

ATAQUE A SAN CARLOS DE MONTERREY

PRESA de gran indignación Bucharcho regresó a bordo de "La Argentina" y ordenó tocar en ambas naves zafarrancho de combate, y mientras los hombres ocupaban sus puestos, hacía enrojecer a la fragua cincuenta balas de cañón, ordenando a la "Chacabuco" que presentara su artillería en ángulo hacia la fortaleza, lo propio hacía él con su buque y de esta forma el fuerte y la ciudad vinieron a quedar bajo el tiro de los cañones de las naves.

La actitud de nuestro corsario causó gran revuelo en los súbditos del rey de Atoy, quien envió un explorador y al comprobar la actitud de-

cidida de Buchardo tuvo sus temores y antes de expirar el plazo de las seis horas acordadas, mandó en una canoa a un parlamentario, el que comunicó a Buchardo que a la mañana siguiente tendría al prisionero a su disposición en el fuerte.

A las ocho del siguiente día, Buchardo recelando una traición hizo desembarcar una compañía de tiradores y en esta forma llegaron a la entrada de la fortaleza, donde un pelotón de soldados de la guardia del rey tenían a Griffiths, el que fué entregado a Buchardo.

Leída que le fué al reo la sentencia y escuchadas sus últimas providencias fué conducido a la playa donde se había izado provisoriamente una bandera argentina, y tras permitirle reconciliarse con Dios, fué ejecutado por un pelotón de marineros de "La Argentina", ordenando Buchardo que su cadáver fuera enterrado en la misma playa en una altura donde no le alcanzase la marea alta. La ejecución fué presenciada por centenares de indígenas que desde las lindes de un bosque seguían atentos el terrible castigo que por pirata se le aplicó al reo.

Los demás complotados fueron condenados al azote y el castigo se llevó a cabo en la cubierta

de "La Argentina", recibiendo cada uno de ellos veinte azotes con el "gato de siete colas", terribles disciplinas que dejaron hondas y sanguinolentas huellas en los torsos de los amotinados...

Después de esta severa lección de disciplina "tan necesaria para evitar y refrenar punibles atentados" — según la expresión del propio Buchardo — éste resolvió iniciar un crucero por las costas de California a las que sabía debilitadas en sus defensas, pero en las que pensaba dar caza a los pocos navíos españoles que escaparan de la voracidad del Almirante Cochrane que azotaba esas latitudes; pero la audacia de Buchardo iba más allá de atacar las naves; había concebido el plan de apoderarse de varias ciudades californianas ricas y opulentas.

Las costas mejicanas del Pacífico habían sido siempre codiciadas presas de corsarios y filibusteros, y las más grandes depredaciones efectuadas contra esas costas habíalas realizado el corsario inglés sir Francis Drake, cuyo recuerdo ha quedado con caracteres imborrables entre los habitantes de la alta y baja California.

Zarpadas las naves corsarias del puerto de Atoy el 25 de octubre, fondeaban el 22 de noviembre

de 1818 en la bahía de Monterrey, capital del golfo de Méjico.

Siendo San Carlos de Monterrey la capital de la nueva California y habiendo en las inmediaciones ricas minas de metales, era posible que hubiera en la ciudad grandes caudales en oro pertenecientes al Rey de España; por otra parte sabía que las fortificaciones de la bahía estaban desmanteladas y la población inerme; ambos factores decidieron a Buchardo el atacar en seguida a Monterrey.

Pero aquí recibió el corsario el primer gran contraste de su campaña y ello fué fruto de la traición del capitán del barco americano en que viajó el capitán Piriz hasta Atoy para canjear la entrega de Griffiths y sus cómplices.

Como dijimos en el capítulo anterior, la nave norteamericana llevaba un cargamento de cañones que trataba su comandante de negociar, e impuesto al través de imprudentes manifestaciones de Piriz, de que Buchardo pensaba atacar la ciudad de Monterrey, el americano se adelantó y delató al Gobernador de la plaza las miras de los corsarios, y en esa forma consiguió venderle las piezas de artillería que tenía a su bordo, las que

apresuradamente fueron montadas en baterías por la guarnición de la ciudad, de manera que al aparecer Buchardo en ese paraje, ya la población estaba impuesta de su visita y preparada para rechazar el ataque de los corsarios.

El plan de Buchardo era de que la fragata "Chacabuco", enarbolando bandera americana, penetrara al puerto y estudiara las características de las costas y los medios de defensa de la población, para que posteriormente el ataque a realizarse no pudiera fracasar.

Pero el gobernador de la plaza conocía la descripción de las naves corsarias y el ardid no pudo engañarlo, dejando que la "Chacabuco" penetrara confiada y se pusiera al alcance de los cañones de las baterías. Para mayor contraste la nave corsaria vino a varar justamente bajo la línea de fuego de los cañones.

Buchardo dispuso entonces que el teniente Guillermo Chipre se embarcara en las chalupas de "La Argentina" con 200 hombres de la tripulación de la misma, y que cautelosamente abordara a la "Chacabuco" para que, cuando la pleamar hiciera zafarla de su varadura, arrimase más

aún al puerto y lanzase sorpresivamente sus trescientos hombres al ataque de la ciudad.

Pero sucedió que los hombres llegados a bordo de la "Chacabuco" se echaran sobre la cubierta a descansar, y sin darse cabal cuenta se quedaron dormidos, inclusive el mismo Chipre, y cuando despertaron ya estaba amaneciendo y había pasado el momento oportuno para lanzarse al ataque.

Chipre vió que la partida estaba perdida y que no podía ya retroceder y sin medir las consecuencias ordenó izar con grandes vivas la bandera argentina al tope de la corbeta, la que simultáneamente abrió un violento cañoneo contra la ciudad, cañoneo al que contestaron en forma vigorosa las dos baterías más próximas a la nave corsaria, la que vino a quedar bajo una doble ráfaga de metralla que comenzó a diezmar a los hombres de la tripulación antes que pudieran desembarcar en los botes, sucumbiendo en pocos minutos más de la mitad.

Antes de media hora la situación de la "Chacabuco" era insostenible y acribilladas a tiros por babor y estribor, no quedó otro recurso a sus tripulantes que rendirse, ordenando Chipre que se arriara el pabellón argentino.

Buchardo con su catalejo seguía desde el puente de "La Argentina" el desgraciado combate con sus terribles alternativas, y cuando vió arriar el pabellón azul y blanco una mortal angustia se apoderó de él, angustia que vino a hacer recrudecer la llegada de varios botes, algunos de los cuales sólo venían tripulados por cinco hombres, tan grandes habían sido las pérdidas.

Aprovechando un golpe de viento Buchardo hizo avanzar a "La Argentina", la que vino con sus cañones a proteger a la "Chacabuco" que continuaba siendo barrida por la metralla enemiga, quien detuvo el fuego al comprobar el poderío de la fragata corsaria.

Buchardo envió un emisario a tierra que en la ocasión fué el médico de a bordo doctor Bernardo Copacabana, quien en nombre del corsario pidió al gobernador de la plaza que permitiera sacar la "Chacabuco" del alcance de los cañones de las baterías y que dejara que fuera remolcada mar afuera.

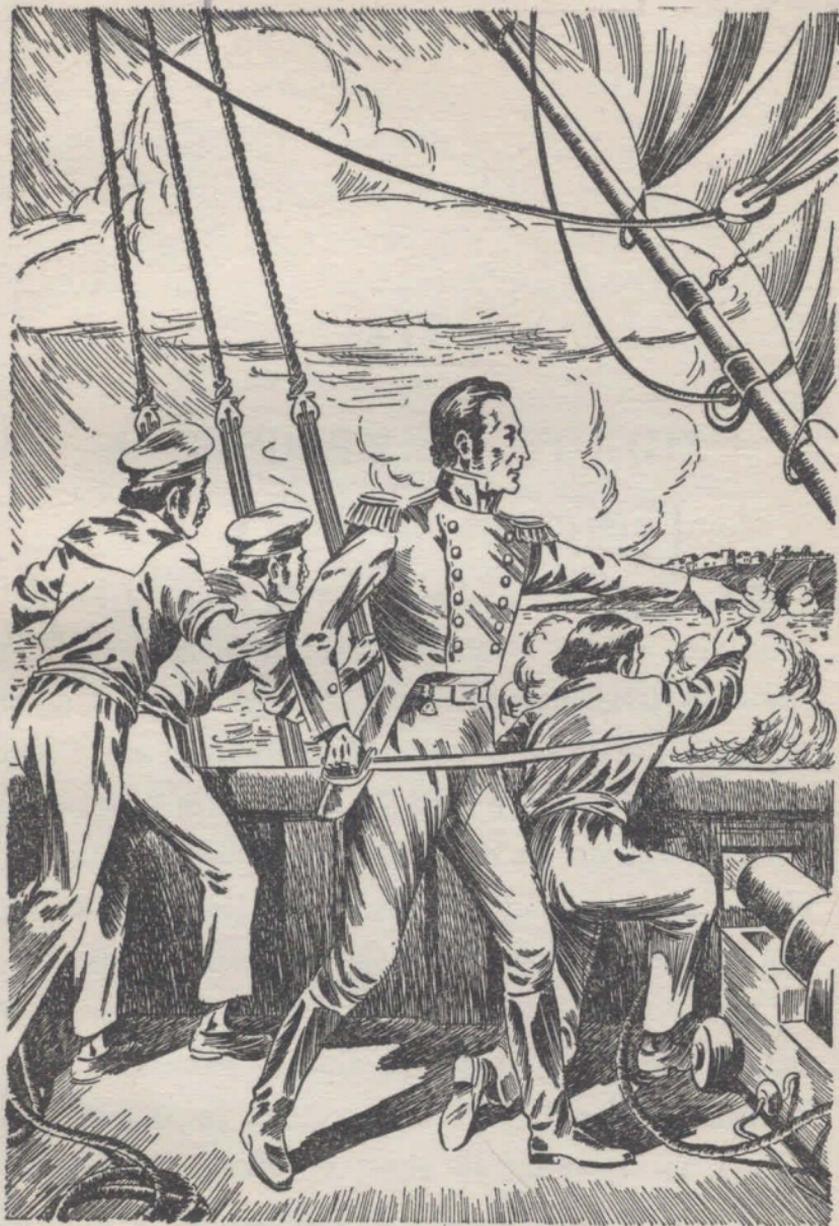
El Gobernador de Monterrey le contestó que ello sería factible siempre que los corsarios pagaran un fuerte rescate por ella, a lo que accedió

el doctor Copacabana, quien impuso a Buchardo de la respuesta del Gobernador.

El capitán patriota pudo colegir que el Gobernador de la plaza no se hallaba muy seguro de sus fuerzas, de otro modo hubiera rechazado el pedido de los corsarios, por lo que se resolvió ganar con habilidad tiempo hasta que llegase la noche, empleando el resto del día en redactar las cláusulas del rescate, que obligó al doctor Copacabana a efectuar más de veinte viajes desde "La Argentina" a tierra.

Esa noche la población y guarnición de Monterrey se entregaron a una alborozada orgía, festejando la aparente claudicación de los corsarios argentinos. En la casa del gobernador, en la fortaleza y plazas públicas, todo era bullicio y animación; la soldadesca estaba toda ebria y sus gritos se entremezclaban con alegres músicas y canciones.

Fué entonces cuando Buchardo comenzó a poner en práctica su audacísimo plan.



Al amanecer del día siguiente Buchardo ya había resuelto el ataque a la ciudad.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

XII

A SANGRE Y FUEGO

A las nueve de esa noche, y cuando los festejos estaban en su apogeo, varias chalupas de la fragata capitana, se desprendieron sigilosamente del costado de la nave y en forma silenciosa abordaron la "Chacabuco" y trasladaron a todos los marineros que estaban en condiciones de entrar en acción, habiendo sólo dejado a bordo los heridos para que no despertaran sospechas sus ayes.

Al amanecer del día siguiente Buchardo ya había resuelto el ataque a la ciudad y 200 hombres armados de fusiles y picas de abordaje se apresuraron a desembarcar; el propio Buchardo dirigía la expedición secundado por el capitán Piriz y los

tenientes Cornet, Espora, Harris, los hermanos Merlo y el doctor Copacabana. Al cuidado de la escuadrilla quedó el teniente Van Borgen y una reducida tripulación.

El desembarco se efectuó en balleneras y las fuerzas tocaron tierra a una legua arriba de las primeras fortificaciones, organizando en seguida Buchardo una columna de asalto, la que al subir por un estrecho desfiladero fué atacada de improviso por una división española de 400 jinetes, los que ofrecieron escasa resistencia a los corsarios, ya que a las primeras descargas de nuestros fusileros huyeron dejando una treintena de muertos en el lugar de la lucha.

Tan rápido e inesperado había sido el desembarco de Buchardo que tomadas las fortificaciones por la espalda, su guarnición huyó dejándolas abandonadas, de forma que con un simple amago de asalto los patriotas se apoderaron de ellas y a las diez de la mañana la bandera argentina flameaba en lo alto de la fortaleza saludada por la artillería de las naves y los gritos de júbilo de sus escasos tripulantes.

En la fortaleza fueron tomadas veinte piezas de artillería de poderoso calibre que habían sido

vendidas por el capitán del navío americano.

A todo esto las tropas derrotadas en el desembarco y algunos dispersos de la fortaleza, se habían atrincherado en varias calles de la ciudad donde emplazando algunas piezas volantes pensaban detener el avance de los corsarios, quienes con Buchardo a la cabeza se organizaron en bandas para copar la ciudad de Monterrey por los cuatro puntos cardinales.

El empuje de los nuestros fué tan decisivo y vigoroso que era sorprendente ver cómo veteranas tropas españolas abandonaban el combate y huían a ocultarse en los bosques.

En esta forma Buchardo se apoderó fácilmente de la ciudad que durante seis días estuvo bajo el dominio del terrible corsario y su gente, mientras la bandera argentina flameaba en la fortaleza.

Todo fué arrasado: Buchardo hizo inutilizar la artillería tomada haciendo reventar las piezas; hizo destruir la fortaleza hasta sus cimientos, lo mismo que la cárcel y los cuarteles de la guarnición; los almacenes del rey y la casa del Gobernador fueron saqueados y volados con dinamita, y en el granero de un rico plantador español los

hombres de Buchardo descubrieron un centenar de barras de oro que fueron transportadas en cofres a "La Argentina".

Durante una semana la ciudad fué entregada al saqueo y por último y antes de embarcarse Buchardo ordenó incendiarla por los cuatro costados, ordenando que sólo fueran respetados los templos y las casas de los ciudadanos americanos, bajo pena de muerte a quien violara esta disposición.

Luego de transportar a bordo de las naves todo el rico botín obtenido en Monterrey, y tras poner en condiciones de navegar a la "Chacabuco", Buchardo se dió con sus naves a la vela, y esa noche mientras se alejaban del golfo mejicano, veían el siniestro resplandor del incendio que reducía a escombros a la otrora opulenta ciudad española del Pacífico.

Dado a la vela rumbo al sud llegó días después a la Misión de Santa Bárbara, y como estuviese sin agua a bordo solicitó del gobernador que le permitiese abastecerse, bajo palabra de respetar la población, pero el gobernador le contestó que "para los ladrones del mar, sólo tenía balas y pólvora que ofrecerle".

Irritado Buchardo por la respuesta del gover-

nador ordenó que 150 hombres a las órdenes del teniente Cornet desembarcaran y saquearan el pueblo.

Amparado por los cañones de la flotilla corsaria, Cornet efectuó el desembarco y tras una breve escaramuza con una partida de soldados españoles avanzó sobre Santa Bárbara, que cayó en su poder, y a la manera y forma de lo que habían hecho en Monterrey, los corsarios se lanzaron al saqueo prendiendo luego fuego a la población tras reembarcar rico botín.

Ya a bordo comprobaron que el incendio de la Misión de Santa Bárbara ayudado por un fuerte viento se propagaba con gran rapidez hacia el interior del país, el que en una extensión de cien kilómetros quedó convertido en un mar de fuego.

Antes de retirarse de las costas mejicanas en esa latitud, hizo que una partida de sus hombres se internaran hasta la hacienda Los Ranchos de un rico plantador español y cuyos actos de crueldad con los nativos que se habían insurreccionado contra el poder de España había llegado a oídos de nuestro corsario, quien ordenó que Los Ranchos fuera saqueado e incendiado.

Así lo hicieron los marineros de "La Argentina"

y habiendo sorprendido en casa del plantador una rica y bien nutrida bodega, los marineros se entregaron a las libaciones, poniéndose algunos de ellos en un estado tal que para volverlos a bordo fué necesario que algunos de sus compañeros los amarraran sobre los cañones que habían desembarcado para atacar la hacienda.

De allí zarpó y el 25 de enero de 1819 establecía el bloqueo y atacaba los puertos de San Blas, Acapulco y Sonsonate en la baja California; en este último puerto le salieron a resistirle una división de 200 veteranos llegados apresuradamente de Guatemala, quienes con algunas piezas quisieron evitar el desembarco, pero una bien dirigida andanada de los cañones de "La Chacabuco" los dispersó y permitió a Buchardo apoderarse de un bergantín cargado de esencias que se hallaba en el puerto, cuya aduana fué incendiada al igual que los almacenes reales.

En esta forma — dice Mitre — pasó por aquellas costas como un huracán el crucero de "La Argentina", barriéndolo todo, así en la tierra como en el agua y derramando en esas playas el espanto y la desolación.

Rumbo ya hacia el sud, Buchardo se decidió a

seguir hostilizando las costas de centroamérica, dominadas entonces por el poderío de España en América. Su objeto era anonadar su comercio y apresando sus buques dejar sus puertos entregados a la desolación y al incendio como acababa de hacerlo en las costas de Méjico; con este propósito llegó el 2 de abril de 1819 al Realejo, puerto situado al pie de un volcán y ubicado en las costas de Nicaragua y que tiene su entrada obstruída por una isla rocosa que sirve de rompeolas y que transforma la entrada en dos canales de acceso por donde penetran los barcos a la bahía.

Era en la época de nuestra narración el Realejo un importante astillero español, y en su bahía tenían cabida no menos de 200 buques de todos los calados. La vecindad de grandes bosques de donde se extraía la madera para los astilleros, había decidido que España instalara allí sus diques de carena y reparación; a ello se sumaba las ricas minas de oro y plata que también existían al pie de una cadena de montañas que cerraban la bahía y entonces no ha de extrañar que el Realejo fuera uno de los puertos del Pacífico más castigado y visitado por los piratas y filibusteros que pulularon esas aguas en el Siglo XVII.

Buchardo supo por el capitán del buque tomado en Sonsonate, que en el puerto del Realejo había cuatro fragatas españolas ricamente cargadas, y nuestro corsario lo dispuso todo para apoderarse de las naves; pero como sus buques eran de mucho calado, fondeó tras la isla de entrada al puerto para no ser descubierto por el vigía español, y alistando tres lanchas hizo embarcar en ellas cincuenta aguerridos marineros armados de fusiles y hachas de abordaje. Una de las lanchas la puso al mando del capitán Piriz tomando él puesto en la otra y el mando de la flotilla.

Al promediar la noche la expedición se alejó sigilosamente rumbo al lugar donde se hallaban ancladas las fragatas españolas, pero en la obscuridad se perdió una de las lanchas. En vano esperó Buchardo que se le reincorporara y en esta forma amaneció el día sin poder intentar su audaz golpe de mano. Empero el corsario trató de ocultarse en un juncal aguardando la llegada de la noche y aunque con sólo 38 hombres decidió la empresa, pero el vigía del puerto descubrió su posición y dió la voz de alerta en la ciudad y a las naves, que se aprestaron a defenderse del ataque de los argentinos.

A las 2 de la madrugada avanzaron las lanchas corsarias y media hora después el combate se iniciaba con un mutuo cañoneo. Buchardo arengando a su escasa tripulación se lanzó resuelto al abordaje y velozmente las embarcaciones se colocaron al lado de los navíos españoles, cuyos defensores no pudieron contener el empuje de aquella treintena de demonios de mar y tras una breve resistencia huyeron en botes algunos, y otros arrojándose al agua y ganando la costa a nado.

En esta forma y al grito de "Viva la patria", que era el grito de guerra de los marineros de "La Argentina", cayeron uno tras otro los buques españoles en su poder, victoria esta que costó a los nuestros veinte vidas. Pero el botín fué magnífico: Cuatro fragatas ricamente cargadas con añil y cacao, su artillería y almacén de guerra y 27 prisioneros que tuvieron que pagar alto rescate, hizo recordar a los españoles del Realejo las depredaciones que le hiciera objeto con harta frecuencia el terrible Henry Morgan.

Al siguiente día una comisión de notables y armadores del puerto pidieron a Buchardo que enviara un parlamentario para arreglar el rescate concerniente a las naves apresadas, ofrecien-

do a tal efecto diez mil pesos fuertes. Por toda respuesta Buchardo ordenó que a la vista de la atónita población del Realejo, las naves fueran incendiadas, reservándose un bergantín para reforzar su escuadrilla corsaria y una goleta para ponerla a disposición del gobierno argentino.

Con este último terrible castigo infligido por Buchardo a los españoles en Centroamérica, resolvió el corsario poner punto final a su audaz y legendario crucero por todos los mares del mundo, y a tal efecto hizo proa hacia Valparaíso, donde pensaba dar un descanso a su tripulación, pero ciertas fatales circunstancias cambiaron el curso de los acontecimientos.

XIII

LA PRISION DE BUCHARDO

LEVADAS anclas del Realejo y decididamente puesta las proas hacia el sud, BucharDO recibió aviso del comandante de la "Chacabuco" que acababa de avistar a un bergantín-goleta que cual buque fantasma hacía mucho tiempo que andaba sobre el rastro de los corsarios, pero que siempre eludía el combate merced a su gran velocidad que lo ponía rápidamente fuera del alcance de los cañones argentinos. Se había avistado por primera vez frente a la bahía de San Blas, y en esa ocasión había hecho media docena de disparos sobre la "Chacabuco", al tiempo que enarbolaba bandera española, y antes de que la nave argentina contestara a la provocación, se ale-

jaba velozmente gracias a su excelente arbolarura.

Al llegar Buchardo con las presas del Realejo al lugar donde había dejado a "La Argentina" se encontró con que su fragata se había hecho a la mar persiguiendo a un navío español; sólo estaba la "Chacabuco" con una reducida tripulación compuesta por bisoños y algunos naturales de Sandwich. Ese atardecer nuevamente apareció el bergantín y esta vez enarbolando bandera española se fué decididamente sobre la "Chacabuco" dispuesta a abordarla, al tiempo que hacía una andanada sobre la nave argentina, a la que la falta de artilleros impidió contestar con energía el reto del bergantín.

Buchardo, aunque en inferioridad de condiciones, se dispuso a defender con honor el pabellón de la patria, y apuntando él mismo los cañones de su nave contestó con todo el vigor que pudo al rápido ataque del navío enemigo, que con rápidas maniobras tomaba por los flancos a la "Chacabuco" barriéndole su cubierta con sus ocho piezas de costado y un cañón giratorio de a 24 colocado sobre el centro de su cubierta. El efecto de esta medida andanada fué desastroso para los cor-

sarios argentinos, que sufrieron la pérdida de media docena de hombres, amén de otros tantos heridos.

En momentos en que Buchardo se disponía a evitar el abordaje, con gran asombro vió que el buque atacante arriaba el pabellón español y enarbolaba al tope la bandera chilena.

La indignación de Buchardo no tiene límites; él mismo lo consigna en sus memorias: "La admiración y el coraje — dice Buchardo — sucedieron al dolor de ver aquella sangre vertida tan bárbaramente. Yo hubiera hecho el debido escarmiento, pero no tenía suficientes fuerzas para ello. Llamé al comandante del bergantín por quien supe apellidarse Coll, y que el buque era el Chileno, corsario contra los españoles. Las reconvencciones sobre su inicuo proceder se me atropellaron, y él no tuvo que contestar más que con la confusión que le causaban".

Después de su cobarde ataque a la "Chacabuco", el corsario chileno se alejó a toda vela y se perdió en el horizonte, sin haber enviado su comandante Coll, el cirujano de a bordo, que había prometido enviarle a Buchardo para curarle los heridos que su metralla le había causado en sus tripulantes,

los que faltos de asistencia murieron días después.

Al día siguiente del ataque del Chileno, regresó "La Argentina" trayendo a remolque una presa, y enterado Buchardo de que se trataba de una captura hecha con anterioridad por el corsario de Chile que le atacara el día anterior, ordenó que la presa fuera puesta en libertad. Con este último contratiempo las naves corsarias enfilaron la ruta de Chile.

Por fin el 9 de julio de 1819, dos años justos desde la partida de Barragan, la fragata "La Argentina" penetraba en el puerto de Valparaíso, habiéndole precedido el día anterior las presas del Realejo que iban custodiadas por la "Chacabuco".

Estaba en la bahía una poderosa escuadra perteneciente a Chile y bajo el mando directo del Almirante Cochrane; también estaba en el puerto la fragata inglesa "Andrómaca", la misma que el día de su partida había auxiliado a Buchardo con motivo del motín a bordo de su nave. La vista de esta nave trajo maquinalmente a la mente de Buchardo un funesto presentimiento, el que las circunstancias inmediatas confirmaron en un todo.

Llamó grandemente la atención del corsario

el ver a sus naves arribadas el día anterior. ancladas cerca de los buques de guerra chilenos; estaban sin bandera y bajo el fuego de la fortaleza de tierra.

Al anochecer Buchardo permanecía aún a bordo de su nave ignorante de las medidas que ya habían sido dictadas contra él por el Almirante Cochrane, y en ese momento abordó a "La Argentina" un bote de la Chacabuco en el que venía el mayor de los hermanos Merlo, quien impuso brevemente a Buchardo de que por orden del almirante chileno las naves argentinas habían sido detenidas y arrestadas sus tripulaciones, y que lo propio iba a acontecer con la fragata de él.

Buchardo quedó estupefacto ante la novedad y ardió en justas iras cuando su cuñado le comunicó que tal medida la había adoptado el Lord a pedido del capitán de la "Andrómaca", quien acusaba a Buchardo de pirata y de haber violado las leyes corsarias.

Esa misma noche abordaron a "La Argentina" una ballenera tripulada por unos cincuenta marineros armados de la tripulación de los buques chilenos "San Martín" y "Galvarino", y antes de que Buchardo pudiera reponerse de la sorpresa,

los oficiales Spry del "Galvarino" y O'Brien de la citada "Andrómaca", con la espada desnuda intimáronle al corsario su detención por orden del Almirante Cochrane.

Buchardo, haciendo una enérgica protesta ante tal atropello, retiró de su camarote los papeles de navegación y sin ofrecer resistencia se entregó a los oficiales que vinieron a prenderle; y con varios oficiales más fué trasladado a bordo del buque insignia del Almirante — el "San Martín" — donde quedó preso bajo la ya mencionada inculpación de pirata.

Buchardo no se alteró mayormente con la patraña, ya que sabiéndolo a San Martín en Chile preparando su expedición libertadora, pensaba pedir su intervención para sacarlo de esa enojosa situación en que se hallaba, pero en esos días San Martín se hallaba en Buenos Aires y poca ayuda podía prestarle al corsario. A su regreso a Chile su histórica desobediencia le colocó al Libertador en una situación más embarazosa aún, ya que venía a ser general de un ejército sin nación...

A ello súmese la prisa que tenía en preparar la expedición al Perú en colaboración con el Director O'Higgins, y la angustiosa necesidad de con-

temporizar con los ya marcados desplantes del Almirante Cochrane, sin cuyo concurso no era factible la empresa; y de ahí arribamos a la conclusión de que el General San Martín poco y nada podía hacer por su otrora valiente oficial de granaderos que tan bizarramente se había comportado en San Lorenzo.

Empero asumió la defensa del corsario el Ministro Argentino en Chile Coronel Tomás Guido, y el mismo Juan José de Sarratea representante del armador Echevarría, quienes iniciaron las gestiones necesarias ante el gobierno chileno, dando lugar a un largo y engorroso proceso instaurado con toda arbitrariedad y que obligó al Capitán Buchardo a sufrir un largo cautiverio, primero a bordo del "San Martín" y luego en la prisión de Valparaíso.

En todo el largo trámite llevado a cabo por la acusación y la defensa sólo un factor predominaba, factor que fué la piedra angular de la artera acusación contra Buchardo: La desmedida ambición del Almirante Cochrane, el "*Lord filibustero*" — según el propio San Martín — que había agrandado en su mente calenturienta la versión de que las bodegas de la fragata corsaria venían

abarrotaadas de cofres de joyas, piedras preciosas y gran cantidad de barras de oro y plata, versión que antes del arribo de Buchardo ya se había esparcido por toda la costa del Pacífico.

De otra forma no se justifica el verdadero asalto que sufrieron las naves de Buchardo, las que fueron desmanteladas, quitándose de ellas la artillería y el velamen, que fué a parar a las naves chilenas. Recién dos meses después de haber sido detenido Buchardo, las bodegas de la fragata fueron cerradas y lacradas como marcan las leyes marítimas, y cuando ello ocurrió, el saqueo más vergonzoso había sido cometido con las naves argentinas, precisamente por el mismo que acusaba a Buchardo de pirata.

XIV

BUCHARDO FRENTE A COCHRANE

CUANDO Buchardo recuperó su libertad volvió a bordo de su gloriosa fragata, la que dos días antes había sido copada a viva fuerza por un pelotón de Granaderos a Caballo a las órdenes de Necochea, enarbolando entre estruendosos ¡vivas! la bandera argentina; de esta forma al llegar el corsario a bordo de su nave tuvo la alegría de encontrarse con sus ex compañeros de San Lorenzo que habíanse anticipado al fallo togado del tribunal chileno.

Enterado de que una flotilla mercante había zarpado de España rumbo a América, concibe la idea de salirle al paso y capturarla; pero un hecho trascendental para los fastos americanos le hacen

desistir de tal empresa: San Martín y el Director O'Higgins, tras vencer innúmeras dificultades, han resuelto la expedición libertadora al Perú, y el Generalísimo de la magna cruzada pide a Buchar-do el concurso de sus naves para transportar en ellas sus tropas.

Accede Buchar-do guiado por su ferviente pa-triotismo hacia la causa de la Independencia y en esta forma se incorpora al convoy que zarpa de Valparaíso a las órdenes de su odiado rival Lord Cochrane. A bordo de "La Argentina" toman ubi-cación 500 granaderos, lo mismo ocurre con la "Chacabuco", que sirve para el transporte de la artillería, y la luminosa mañana del 20 de ago-sto de 1820. parte del puerto de Valparaíso la Ex-pedición Libertadora al Perú, considerada como el acontecimiento de mayor trascendencia en la his-toria del nuevo mundo.

Con ello se da cuerpo a la genial idea militar del primer guerrero de América: El General de los argentinos don José de San Martín; y en la realización de la misma, no podía faltar el apoyo del terrible corsario Buchar-do, ligado al Liberta-dor en el bautismo de sangre que ambos tuvieron

en las barrancas que colindan con el viejo monasterio de San Lorenzo.

.....

En el primer capítulo de esta biografía hicimos resaltar los desplantes del Almirante Cochrane, quien había manifestado a O'Higgins que otro debía ser el carácter de la expedición al Perú, lo que motivó que el Director chileno le ordenara ceñirse en un todo a las directivas del General en Jefe, San Martín.

Después de ser nombrado San Martín Protector del Perú, se produce el insólito y vandálico hecho de saquear los tesoros públicos del Perú, colocados por orden del Libertador a bordo de un barco surto en Ancón, y quien lleva a cabo esta hazaña vergonzosa no es otro que el Almirante Cochrane, quien se arbitra por esos medios violentos de los fondos para pagar las tripulaciones de su escuadra. Así procedía, así obraba a "saco" el petulante lord inglés, el mismo que un año atrás ordenaba la prisión y el proceso de Buchar-do acusándolo de pirata.

Ello colmó la medida del General en Jefe, quien tras sostener un violento altercado con el Almi-

rante, le ordena y conmina que regrese inmediatamente con la escuadra a Chile para dar cuenta ante su Gobierno de su piratesco proceder.

Pero el irascible lord, lejos de acatar la orden de San Martín, se mantuvo durante quince días frente al Callao y por último hizo rumbo con las naves de su mando hacia el Pacífico norte, pues sabedor que unas naves españolas vagaban por esas aguas sin tener puerto donde refugiarse, resolvió abordarlas y capturarlas.

San Martín se dió a la tarea de improvisar una nueva fuerza naval que sería la base de la escuadra peruana; para ello contó con la colaboración del Almirante Blanco Encalada, del Capitán Guise y de varios oficiales de la escuadra chilena que no quisieron seguir a Cochrane en su desorbitada empresa.

Las naves españolas que navegaban a la deriva terminaron por entregarse a los independientes del Perú fondeando en Guayaquil, y allí se apoderó violentamente de tres de ellas Cochrane, aunque posteriormente tuvo que dejarlas en poder de las autoridades dependientes del Protectorado peruano.

La cuarta nave hispana, que era la hermosa y

bien artillada fragata "La Prueba", se entregó directamente a San Martín en el puerto del Callao y fué designada nave insignia de la flamante escuadra chilena, dándole el comando de la misma el Protector al Capitán Hipólito Buchardo.

Cuando al cabo de cinco meses de merodear por los mares del norte regresó Cochrane al Callao, se encontró con las nuevas fuerzas marítimas de San Martín, y por orden de éste ninguna población costera le permitía hacer aguada ni le proporcionaba víveres.

Ello exasperó a Cochrane, que esa noche ancló en la bahía del Callao a regular distancia de las naves peruanas, entre las que se destacaba por su porte y poderío "La Prueba" de Buchardo, digna adversaria con sus cincuenta cañones de la nave insignia del lord, que era la "O'Higgins".

Cochrane en esta ocasión estaba menos altanero, y pidió al Coronel Guido que se le saldara su deuda por los haberes de la escuadra, pretensión a la que contestó el Ministro argentino, que debía dirigirse a Chile cuyo Senado resolvería la cuestión. Cochrane visiblemente irritado regresó a bordo de su nave, y Buchardo recibió orden de tener lista "La Prueba" para cualquier eventual-

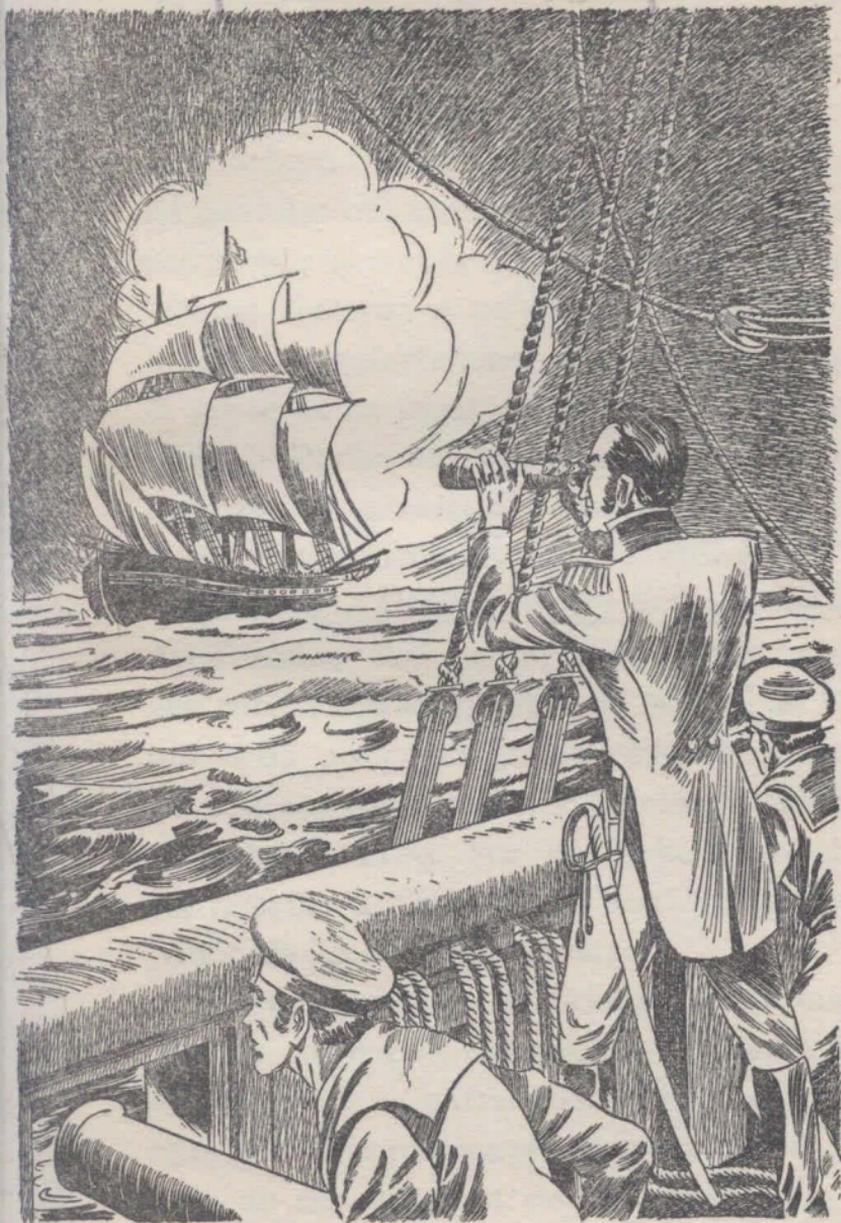
dad en caso de que al Lord se le ocurriera cometer algún golpe de mano audaz.

Buchardo no necesitaba mayores órdenes para disponerse a cumplir con su deber; tal vez la ocasión que tanto ansiaba, el Destino se la ponía esta vez a su alcance: ¡Enfrentarse con Cochrane!

El Almirante sublevado, tampoco ignoraba quién era el comandante de "La Prueba" y sabía con qué clase de adversario iba a tener que medirse; no podía olvidar el legendario crucero de "La Argentina" cuyas consecuencias acababa de comprobar en su visita reciente a Acapulco; por lo tanto resolvió obrar con prudencia, sin descartar la posibilidad de dar un zarpazo a las naves peruanas que estaban ancladas bajo las fortalezas del Callao.

Esa noche resolvió levar anclas y dirigirse por fin a Chile donde el gobierno, tras saldarle su cuenta, habría de desposeerlo del cargo de Almirante de su flota que con tan poco honor para la misma había desempeñado en aguas del Perú.

Con la pleamar la "O'Higgins" levantó cadenas y antes de salir de aguas de la bahía, quiso cerciorarse si las naves peruanas le vigilaban y enfiló decidido su proa hacia la fragata de Buchardo...



El almirante Cochrane juzgó inconveniente empeñar combate.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

El momento es dramático y el historiador naval Lafond lo pinta con un brochazo magistral:

“Buchardo había previsto la tentativa y estaba en guardia: cuando la fragata de Cochrane se encontró por el través de “La Prueba”, las portas de ésta se abrieron a un tiempo, enseñando toda la batería en zafarrancho, alumbrada con fanales y la gente en su puesto. El Almirante Cochrane conocía a Buchardo; juzgó inconveniente empeñar combate en condiciones desventajosas, y sin insistir dió timón de arribada y singló para Chile...”

Esta fué la última bravata de Cochrane en aguas del Pacífico. Por vez primera en su campaña se enfrentaba con un hombre de la talla de Buchardo que solía prolongar su voz con el estampido de los cañones de su nave, y quizás por vez primera también, el Lord, que había hecho temblar con sus hazañas a Napoleón, se sintió pequeño ante el temor de un Destino adverso.

Era ésta también la primera y última vez en que los dos héroes del mar de la guerra de la Independencia se enfrentaban uno con el otro con igualdad de condiciones y con un recíproco y condensado rencor; y en esta emergencia le cupo al orgulloso Lord batirse en retirada...

¡El intrépido corsario Buchardo se desquitaba tal vez del saqueo de las bodegas de su fragata cargada de tesoros!

Y las sombras de la bahía del Callao guardaron para siempre el silencioso y terrible duelo que aquella noche sostuvieron el Capitán corsario y el Lord "filibustero".

XV

ULTIMAS ANDANZAS DEL HEROE

LA fragata "La Argentina", después de ser utilizada como transporte en la expedición libertadora, y rendido el Callao, quedó un tiempo desmantelada y fondeada como pontón. Poco después era convertida en leña, terminando en esta forma indigna el glorioso barco que paseara por vez primera por todo el orbe el pabellón de la naciente República Argentina.

En 1821 el gobierno argentino abolió el corso y Buchardo, que tenía en sus venas sangre de corsario, resolvió quedarse definitivamente en el Perú; y con la fragata "Santa Rosa" (ex "Chacabuco") acababa de realizar un raid por aguas del sur del Perú y se disponía a iniciar un crucero de corso.

Posteriormente fué nombrado Comandante en Jefe de la escuadra peruana, y cuando la noche del 4 de febrero de 1824 se produjo la sublevación de la guarnición de la fortaleza del Callao, que fué entregada por los patriotas amotinados a los realistas, Buchardo, que se hallaba en alta mar, regresó apresuradamente e intentó sofocar la rebelión.

Tenía a su mando el buque insignia, que era la "Presidente" (ex "Prueba"), y con ella penetró resueltamente en la bahía y entabló un violento duelo de artillería con los castillos de tierra en poder de los sublevados; antes de retirarse, y viendo infructuosos sus deseos de reconquistar el baluarte, capturó en el puerto diez barcos mercantes e incendió varios más, entre ellos sus antiguos barcos "Venganza", tomada en el Realejo, y la citada "Santa Rosa" que tiempo atrás había tenido intención en venderle al General Bolívar, pero como no llegara a un arreglo con éste, las dejó al servicio del gobierno peruano.

En el año 1829 volvemos a tener noticias de nuestro héroe al saberle empeñado en una acción del Perú sobre Guayaquil; en esa acción militar sucumbe el entonces Almirante Guise y Buchardo

se ve en la necesidad de asumir el mando de las fuerzas.

El 19 de enero de 1829, Guayaquil es tomada por asalto con la eficiente cooperación de las naves de Buchardo, y dos meses después ocurre la injustificada y accidental explosión en la santa bárbara de la nave insignia "Presidente" que vuela hecha astillas.

Buchardo salva milagrosamente del desastre y es sometido a un consejo de guerra, cuyo fallo es desfavorable para el ex corsario, que llega a la conclusión que no ha nacido para mandar escuadras, sino para ser un tremendo corsario. Tenía Buchardo garra de emprender acciones personales y en el mando de su buque era insustituible, pero como jefe naval le faltaban esas excepcionales cualidades para la organización y mando que le sobraban al irlandés Guillermo Brown.

En lo que respecta al raid corsario de "La Argentina", Buchardo no salió favorecido de él, ya que por su correspondencia posterior cambiada con el armador Echeverría se deduce que ambos rompieron las relaciones. Buchardo le enrostra *"el no haber sido leal con él, y de haber abandonado a su suerte a su esposa e hijos, aparte de*

no haberle liquidado sus cuentas por el crucero de "La Argentina" ni tampoco el importe que le correspondía por la venta de las presas que hiciera con "El Halcón" cuando iniciara con Brown la campaña de corso por el Pacífico".

En otra carta cambiada con un amigo de Buenos Aires califica a Sarratea de "pícaro en connivencia con Echeverría para perjudicarlo", y ya en tren de quejas, protesta de San Martín, su ídolo, que no le ha hecho reconocer sus haberes en la expedición al Perú; otro tanto dice de Bolívar, a quien acusa de dar preferencia a los soldados venezolanos y abandonar en cambio a las tropas peruanas, abandono de cuyas resultas surgió la sublevación del Callao; tal se desprende del parte que sobre el motín elevó al Rey de España el General realista García Camba, militar éste de siniestra actuación en el trágico sorteo de Matucana con que epilogó el motín patriota.

Un interesante documento inédito que publicamos en el apéndice de esta biografía nos hace saber que Buchardo, siendo jefe naval de la guarnición marítima de Guayaquil, interviene en el año 1829 en una importante conferencia en la que se

ha de resolver la disolución de la reunión de las Repúblicas de Colombia y Ecuador.

Esta es la última referencia que los documentos que tenemos a la vista nos hacen saber del valiente corsario argentino; posteriormente el gobierno del Perú en pago de los señalados servicios prestados a ese país le regaló una hacienda en San Javier de Nazca, dedicándose entonces Buchardo al cultivo del cacao y esencias.

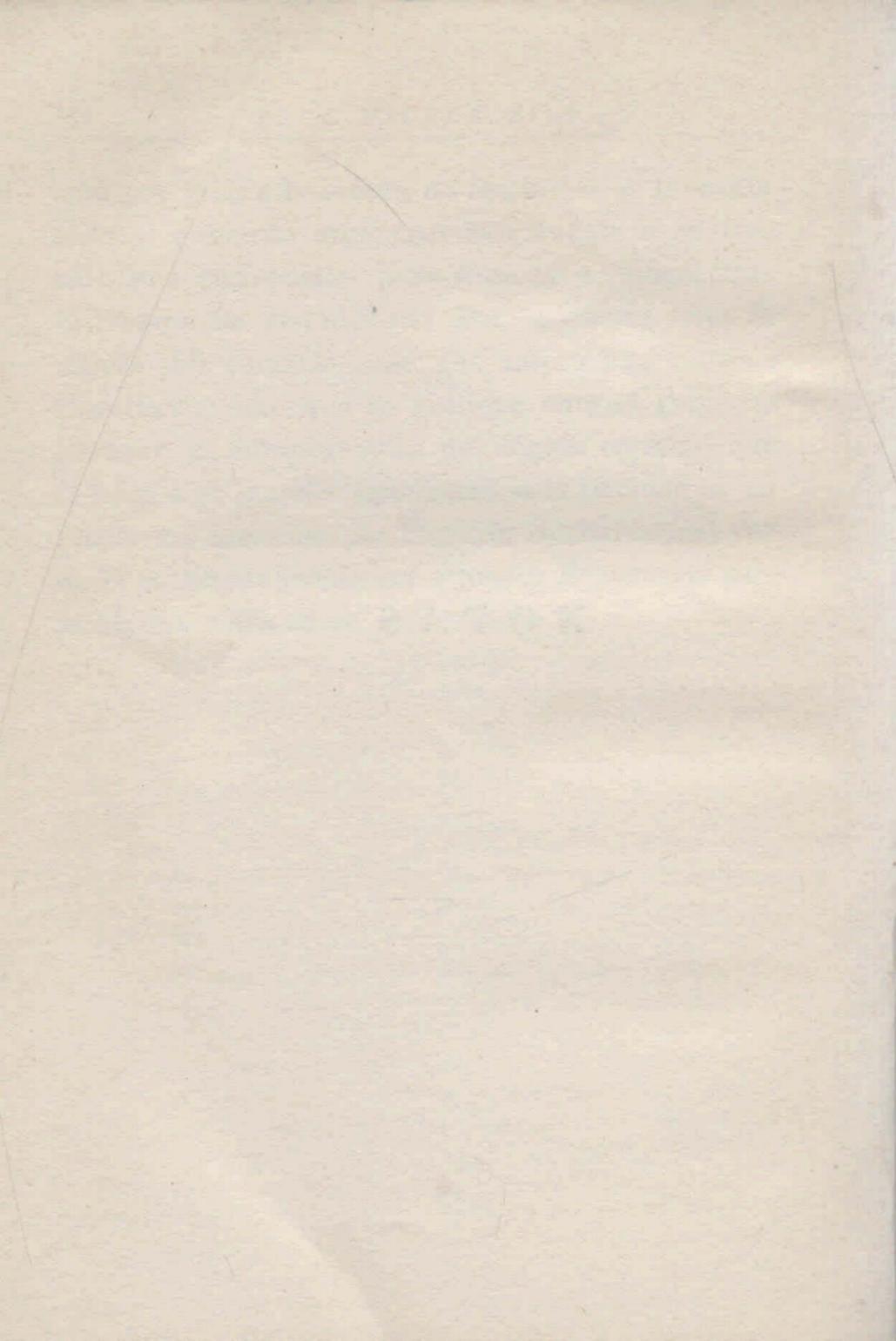
En cuanto a su muerte se atribuye a una sublevación de los negros ocupados en sus plantaciones, quienes se amotinaron y asaltando la casa de la hacienda de San Javier, dieron muerte a Buchardo y a sus criados más allegados.

Mientras no aparezca otra versión autorizada sobre la muerte del intrépido corsario, debemos de aceptar como cierta su muerte a manos de los esclavos insurrectos; aunque al decir de un historiador contemporáneo *"más digno y honroso hubiera sido para Buchardo. encontrar la muerte cuando voló su nave insignia "La Prueba", en las aguas del Callao"*.

En lo que respecta a su esposa y familiares el corsario se desentendió de ellos, ya que en el Archivo General de la Nación existe la documenta-

ción por la que la señora de Buchardo se presenta ante el gobierno argentino exigiéndole a su marido una subvención para atender al hogar que el marino ha abandonado. Por la misma nota la esposa del corsario pide que intervenga nuestra Cancillería para que se gestione ante el gobierno peruano el cumplimiento del lógico reclamo que le hace a su marido. Ignoramos si la petición de su mujer fué atendida por Hipólito Buchardo; tal vez de la correspondencia del armador Echevarría surja alguna claridad en este acápite.

NOTAS



(1) Tomás Cochrane, Conde de Dundonald, nació en Escocia el 27 de diciembre de 1775. Murió en Inglaterra en 1869. Ingresó en la marina británica en clase de teniente en 1797, a las órdenes del Almirante Keith, quien le confió el mando de la "Reina Carlota" y luego del "Speedy", bajel de catorce cañones con el que Cochrane hizo en menos de un año las presas de treinta y tres buques. Prisionero de los franceses en 1802, fué canjeado y ascendido a capitán por su gobierno. En 1806, en la lucha de España con Napoleón peleó contra éste. Destituído en el año 1814 de un rango en la marina de su patria por haber propalado falsas noticias para hacer especulaciones financieras, vino a Sud América radicándose en Chile, cuyo Director O'Higgins le nombró el 12 de diciembre de 1818 Almirante de la flota chilena. Afortunado en aquellos mares venció en innumerables combates a los españoles, compartiendo con San Martín la responsabilidad de la expedición libertadora al Perú. Vencidos los españoles en 1822, al siguiente año Cochrane fué invitado por el Emperador Pedro I del Brasil para que tomara el mando de su escuadra, lo que aceptó por estar disgustado con los gobiernos de Chile y Perú, y porque era el eterno aventurero. Prestó señalados servicios al Brasil, cuyo emperador lo nombró

Marqués de Maranhao, premiándole además con una subvención, la que se ignora si llegó a cobrar. Terminada la campaña del Brasil pasó a Grecia, contribuyendo poderosamente a su independencia, hasta que conseguida ésta regresó a Inglaterra, donde la fama conquistada en Sud América facilitó su rehabilitación. Fué conferido en su antiguo puesto y al llegar el año 1848 era oficial de alto rango en la marina británica. En 1849 el gobierno le dió el mando en jefe de las fuerzas navales que hacían los cruceros entre Norte América y las Indias occidentales; y al año siguiente, revestido de facultades extraordinarias, Cochrane exigió a Venezuela, bajo formales amenazas, la satisfacción de ciertas reclamaciones. El duro proceder de Cochrane en sus notas casi provoca un conflicto entre ambas naciones. Arreglado amistosamente el entredicho, Cochrane regresó a Inglaterra, donde se retiró de la marina hasta que falleció en la fecha antes citada. Sus cenizas se conservan en el Monasterio de Westminster. En 1873 la ciudad de Valparaíso le erigió un monumento a Cochrane frente al mar que tantas veces le vió regresar victorioso. (*Historia de la Marina Británica*).

(2) "El Parlamento debe ser reforzado por el pueblo: él no se reformará jamás dentro de sí mismo. En las grandes poblaciones, como Londres, se cambiarán algunos nombres, pero su carácter será el mismo. La última esperanza que le queda a la patria es que la extravagancia y opresivas medidas del gobierno llevarán a tal punto la miseria y la degradación, que ya el pueblo no podrá sufrir más. Reuníos y comunicaos vuestros sentimientos y no presentéis peticiones. Dicen que estoy arruinado: No estoy arruinado en el ánimo, pues resisto a la opresión. Voy a ausentarme de la patria, pero no

siento dejar los que edifican iglesias con el dinero que quitan a otros; no siento dejar a los propagandistas religiosos, porque sé que son unos bribones; no siento dejar a los inventores de nuevos impuestos, porque son una plaga del país que sólo sirve para destruirla, como los insectos dañinos; no siento a los espías del gobierno, ni a los que cortan los pescuezos de los ingleses para justificar las providencias opresoras. Lo que siento es dejar a la patria donde yacen las cenizas de mis abuelos, que pelearon por la libertad del pueblo inglés y dejarla oprimida y robada por hombres sin misericordia y sin prudencia. Aunque parto de la patria no me aparto de la libertad. Si llegaseis a necesitar de mis servicios y condenáis a los opresores de la patria al mismo destino que sufre un tirano ilustre — Napoleón — volveré al momento y los conduciré a Santa Helena”.

(3) Bartolomé Mitre: *“Historia de San Martín”*.

(4) Las investigaciones del Capitán de Fragata Héctor R. Ratto han permitido establecer la exactitud de esta fecha, consiguiendo además una copia de la partida de nacimiento de Buchardo, que se conserva en el Museo Naval de la República Argentina.

(5) Memorias del Almirante Brown.

(6) “Entre los patriotas y emigrados chilenos que se hallaban en Buenos Aires y que instaron al Director Supremo para que enviara la escuadrilla formada por el “Halcón” y la “Constitución” y que se embarcaron en esta última, figuraban el Presbítero Don Julián Uribe, vocal de la última Junta Gubernativa de Chile, el Capitán de Artillería Nicolás García, el Capitán de Ca-

“batería Don Ramón Freyre y el Capitán de Infantería Don Pablo Vargas, siendo estos tres últimos los únicos que poseían ciertas nociones de navegación por haber hecho ya algunos viajes. (*Barros Arana: Historia de Chile*).

(7) Puerto del Perú, situado a los 12°4'15" latitud Sud. Es uno de los más espaciosos y mejores del Pacífico; en el centro de la bahía tiene hasta 33 metros de profundidad. Ocurre allí un fenómeno singular, cuya causa no está debidamente establecida. Los buques surtos suelen percibir un olor nauseabundo que los ingleses llaman *Callao painter* o *Barber*, y entonces se adhiere a la pintura de los cascos un espeso polvo color chocolate; el lavado lo hace desaparecer, pero quita a la pintura su primitivo aspecto. Créese que este fenómeno es debido a rarezas del aire, que se satura de un gas parecido al hidrógeno sulfurado; también se atribuye a la acción volcánica desarrollada en el suelo submarino, por más que no se perciben glóbulos de gas en la superficie del agua. De ahí deriva su nombre de *Callao*.

(8) “A corta distancia de la Mocha apresaron la goleta *Mercedes*, que venía de Chiloe; la echaron a pique, utilizando una parte de la carga y destinando los pocos marineros que la tripulaban para el servicio de los buques corsarios. Continuando su navegación hacia el Callao, se apoderaron de la fragata *Candelaria*, que se dirigía a Chile con un cargamento de frutos del país para el Perú. Apenas se hubieron estacionado en las Hormigas apresaron el 11 de Enero un bergantín que salía del Callao, lo desarmaron y convirtieron en pontón o depósito de prisioneros y de víveres, y al día siguiente, 12 de Enero, se apoderaron de la *Gobernadora*, hermosa

“fragata que venía ricamente cargada de Guayaquil con cacao, cera y otros artículos de valor, y que inmediatamente fué armada en guerra por los corsarios, como lo hicieron también éstos con un pequeño pailebot que sorprendieron saliendo del Callao con dirección a puertos intermedios. En cambio, por una rara fortuna, escaparon de caer en manos de los corsarios dos buques ricamente cargados que se dirigían al Callao, *Moctezuma*, que iba de intermedios, y la *Carlota*, que iba de España.” (*Oficio al Rey del Gobernador de Guayaquil*).

(9) “El 22 de Enero amaneció el perverso Brown fondeado cerca de la embocadura del río Rimac (un poco al norte del Callao), con la mayor insolencia que es imaginable, como que sabía que en el puerto no había ninguna lancha cañonera ni buque armado. Sus fuerzas eran compuestas de cuatro buques y un pailebot. Tres de ellos se adelantaron hasta fondear en la misma bahía; dispararon algunos cañonazos como por burla; se les contestó, de los castillos; volvieron a levar anclas, y anduvieron voltejeando hasta la media noche, hora en que volvieron a entrar a tirotear al puerto, y consiguieron hacer el daño de echar a pique uno de los buques que permanecían fondeados: la fragata *Fuente Hermosa*. En la noche del 27 tuvieron los corsarios el insolente arrojo de venir a la bahía en cuatro o cinco botes, habiendo hecho previamente muchas candeladas (fogatas) en el cabezo de la isla, para llamar la atención y hacer creer que habían desembarcado las tripulaciones. Entraron sus botes por sotavento de nuestros buques, y al “Quién vive” contestaron “Ronda”. Un bote abordó a una de las seis lanchas cañoneras que ya estaban armadas, y se trabó una sangrienta acción. Quiso la fortuna que hubiesen en la lancha cincuenta extremeños de las tropas nuevas de España, y a bayoneta y bala defendieron

“éstos la lancha, que de no, se la sacan. Acudieron los “botes de auxilio, y los asaltantes huyeron después de “haber recibido mucho daño, tanto de la bayoneta como “de los innumerables tiros que se les tiraron.” (*Citado oficio del Gobernador de Guayaquil*).

(10) A propósito del ataque a Guayaquil escribía el Gobernador interino al Rey: “Toda esta noche (9 de Febrero) salieron varias familias; pero a las ocho y media de la mañana, que fué cuando el enemigo se puso a la vista, se experimentó el mayor desorden y la mayor confusión, producidos por la sorpresa. Todas las mujeres y el mayor número de los hombres fugaron, y los caudales del Rey, del Gobierno y particulares, todo andaba río arriba”...

(11) Con fecha 23 de Enero de 1817, Don Blas José Pico, Coronel y Comandante del Tercio de Patricios, elevó una reclamación ante el Gobierno de las Provincias Unidas reclamando por dicho oficio la citada bandera como propiedad del cuerpo. (*Archivo General de la Nación*).

(12) Al arribar al Callao a la espera de Brown, Buchardo atacó bajo el fuego de las baterías a la fragata española *Consecuencia*, armada en guerra, y tras rendirla capturó a su bordo a Don Juan Manuel Mendiburu, reciente Gobernador de Guayaquil nombrado por oficio del Rey y que llegaba para hacerse cargo de la gobernación. Cayó prisionero de los patriotas con todo su séquito. Posteriormente Buchardo lo canjeó por el Almirante Brown preso en Guayaquil.

(13) El archipiélago de los Galápagos está situado en el Océano Pacífico; dista 500 kilómetros de Guayaquil y

pertenece a la República del Ecuador desde 1832. Tiene una superficie de 67.500 kilómetros y su nombre se lo debe a la gran cantidad de tortugas que hay en sus costas. Es célebre en la historia de la piratería, pues en el siglo XVIII fué el refugio obligado de filibusteros y bucaneros que tenían allí sus guaridas y sus almacenes donde depositaban el producto de sus depredaciones.

De acuerdo a los convenios del corso se establecía que las presas y tesoros tomadas al enemigo, se dividían en nueve partes: Una para el Estado bajo cuya bandera actuaba el corsario, dos partes para el corsario y las seis restantes para la oficialidad y la tripulación distribuídas de acuerdo al rango de cada uno.

(14) En el año 1812, Buchardo contrajo matrimonio con Doña Norberta Merlo, porteña de nacimiento. La ceremonia religiosa estuvo a cargo del Capellán José Gabriel Peña, del Regimiento de Granaderos a Caballo — cuerpo del cual era Buchardo oficial, — siendo padrinos de la boda el Coronel Carlos de Alvear y su esposa Doña María del Carmen Quintanilla. La fiesta se celebró en casa de Don Vicente Arraga en el pueblo de San Nicolás. (*Extracto de la partiãa que existió en el Archivo de la Iglesia Matriz de San Nicolás de los Arroyos*) N. del A.

(15) Memorias del Capitán José M^a Piriz. Relación manuscrita del crucero de "La Argentina" (*Archivo Mitre. Secc. "Manuscritos"*).

(16) Relación del Capitán Piriz. (*Manuscritos Museo Mitre*).

(17) "A la media hora de fuego y del golpe de las "armas, el capitán de la proa, viendo frustrados sus de-"signios, se dió dos puñaladas y se arrojó al agua. Lo

“mismo hicieron otros cinco, y el resto de la tripulación
“se defendió muy poco, sin duda desmayada por la des-
“esperación de su jefe y de los que le siguieron, no me-
“nos que por la multitud de heridos y muertos que te-
“nían sobre cubierta y cuyos gritos debían consternarlos”.
“(Bouchard. *“Relación y diario de viaje del crucero de
“La Argentina”*).

(18) Bouchard “Memorias” antes citadas.

APENDICE

CARTA DE CIUDADANIA ARGENTINA DEL TENIENTE CORONEL DE MARINA, DON HIPOLITO BUCHARDO.

“La Asamblea General Constituyente de las Provincias Unidas del Río de la Plata hace saber:

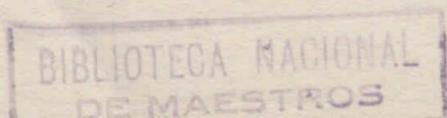
“Que D. Hipólito Bouchard, natural de los Reynos de Francia, después de reunir a satisfacción de esta Asamblea todas las calidades acordadas para la naturalización de los individuos nacidos en la Península, ha protestado de nuevo sus ardientes deseos de ser incorporado en la sociedad americana, reconocer la soberanía de las provincias cuyo ejercicio reside en esta Asamblea, no obedecer otras autoridades que las que emanaran de ella, y resistir con las armas cualesquiera agresiones que se intenten contra la patria por los españoles, o cualquiera otra

nación extranjera; por tanto, y queriendo esta Soberana Corporación darle un testimonio del aprecio que le merecen los europeos virtuosos, que se han decidido inequívocamente por la libertad y felicidad de las Américas, ha venido en declararlo, como lo declara, Ciudadano americano de las Provincias Unidas del Río de la Plata, y constituirlo, como lo constituye, en perfecta posesión de los derechos que son consiguientes a este carácter; ordenando a toda autoridad civil, militar, y eclesiástica, y a todo ciudadano y habitante en el territorio del Estado, le guarden y cumplan, y le hagan guardar y cumplir todas las exenciones y prerrogativas que por el presente despacho le corresponden, para todo lo cual le mando expedir este título, firmado de nuestro Presidente en turno, sellado con el sello grande, y refrendado por nuestro Secretario; tomándose razón en el libro de registros cívicos de la Municipalidad respectiva.

Dado en la Sala de sesiones de Buenos Aires, a veinte y dos de Febrero de mil ochocientos trece. — (Hay un sello). — Carlos de Alvear, Presidente. — Hipólito Vieytes, Diputado Secretario.

Vuestra soberanía concede título de ciudadano de las Provincias Unidas del Río de la Plata a D. Hipólito Bouchard.

Buenos Aires, abril 29 de 1813. — Tómesese razón en el libro corriente. — Licenciado, D. JUSTO JOSE NUÑEZ, Escribano público y de cabildo.”



INDICE

Dedicatoria	5
Al lector.... ..	7
I Paralelo entre Buchardo y Cochrane	9
II El héroe provenzal	19
III La escuela de San Martín	30
IV Pacto de Brown y Buchardo	42
V Infructuoso ataque al Callao	49
VI Guayaquil	55
VII El corsario "La Argentina"	66
VIII La ruta de Filipinas	75
IX Bloqueo de Manila y ataque a Santa Cruz	85
X Diplomacia de Buchardo	92
XI Ataque a San Carlos de Monterrey	101
XII A sangre y fuego	111
XIII La prisión de Buchardo	121
XIV Buchardo frente a Cochrane	129
XV Ultimas andanzas del héroe	139
Notas	145
Apéndice	155

BIBLIOTECA BILLIKEN

Con las publicaciones de esta Biblioteca, la Editorial Atlántida se propone realizar un amplio y sostenido plan de divulgación literaria, en que las exigencias de una seria cultura se encuentren siempre conciliadas con la amenidad y sencillez que la hacen grata y asequible a todos. Los libros de la BIBLIOTECA BILLIKEN se distribuyen en tres colecciones: 1º, COLECCION ROJA: comprende reducciones o adaptaciones de obras maestras de la literatura universal; 2º, COLECCION VERDE: vidas famosas, sea por su ejemplaridad, por su especial significación en la historia, o por el interés épico o novelesco de sus peripecias; 3º, COLECCION AZUL: obras, hechos y hombres de América.

Volúmenes publicados y en prensa:

COLECCIÓN ROJA

LA ILIADA	OLIVERIO TWIST, por Carlos Dickens.
LA ODISEA	CUENTOS Y APOLOGOS DE TOLSTOI
DON QUIJOTE DE LA MANCHA	FABULAS DE IRIARTE
TRES OBRAS DE SHAKE-SPEARE	VIAJES DE GULLIVER
TRES DRAMAS DE CALDERON	LA CABAÑA DEL TIO TOM
VIAJES DE MARCO POLO	LOS TRES MOSQUETEROS
	EL JINETE SIN CABEZA, por Maine Reid.
	TRES COMEDIAS DE MO-LIERE

COLECCIÓN VERDE

GRANDES INVENTORES	CRISTOBAL COLON
GRANDES MUSICOS	MAGALLANES
GRANDES PINTORES	HERNAN CORTES
SANTA TERESA	MAHOMA
SAN FRANCISCO DE ASIS	NAPOLEON
SAN IGNACIO DE LOYOLA	PASTEUR
MARTIRES DE LA CIENCIA	CROMWELL
JUANA DE ARCO	CABEZA DE VACA

COLECCIÓN AZUL

LINCOLN	UNA EXCURSION A LOS INDIOS RANQUELES, por Lucio V. Mansilla.
SAN MARTIN	MARTIN FIERRO
BOLIVAR	EL FAUSTO de Estanislao del Campo.
350 POESIAS PARA NIÑOS	MARIA, de Jorge Isaacs.
TEATRO INFANTIL	LA CONQUISTA DEL PERU
AMALIA	LOS PIELS ROJAS
LEYENDAS Y FABULAS GUARANIES	
JUAREZ	
BUCHARDO	

OBRAS DE
CONSTANCIO C. VIGIL
PARA LOS NIÑOS

M A R T A
Y J O R G E

Libro de amena y variada lectura destinado a orientar la mentalidad y los sentimientos infantiles.

M A N G O C H O

Es el relato de la vida infantil del autor, que con naturalidad y sencillez se identifica con los demás niños.

¡ U P A !

Libro para aprender a leer.

V I D A
E S P I R I T U A L

Manual para la dignificación del niño (5 artísticos tomitos).

C U E N T O S
P A R A
L O S N I Ñ O S

La Hormiguita Viajera, Misia Pepa, El Manchado, El Mono Relojero, Lo Más Inútil del Mundo, El Pirincho Enfermo, Los Escarabajos y la Moneda de Oro, El Imán de Teodorico, El Casamiento de la Comadreja, El Sapo Huevero, El Pájaro Ratón, El León Ciego, Aventuras de un Botón, Cabeza de Fierro, La Cueva Misteriosa, Los Conejos Silvestres, Los Enanitos Jardineros y otros muchos cuentos más en diversas ediciones.

